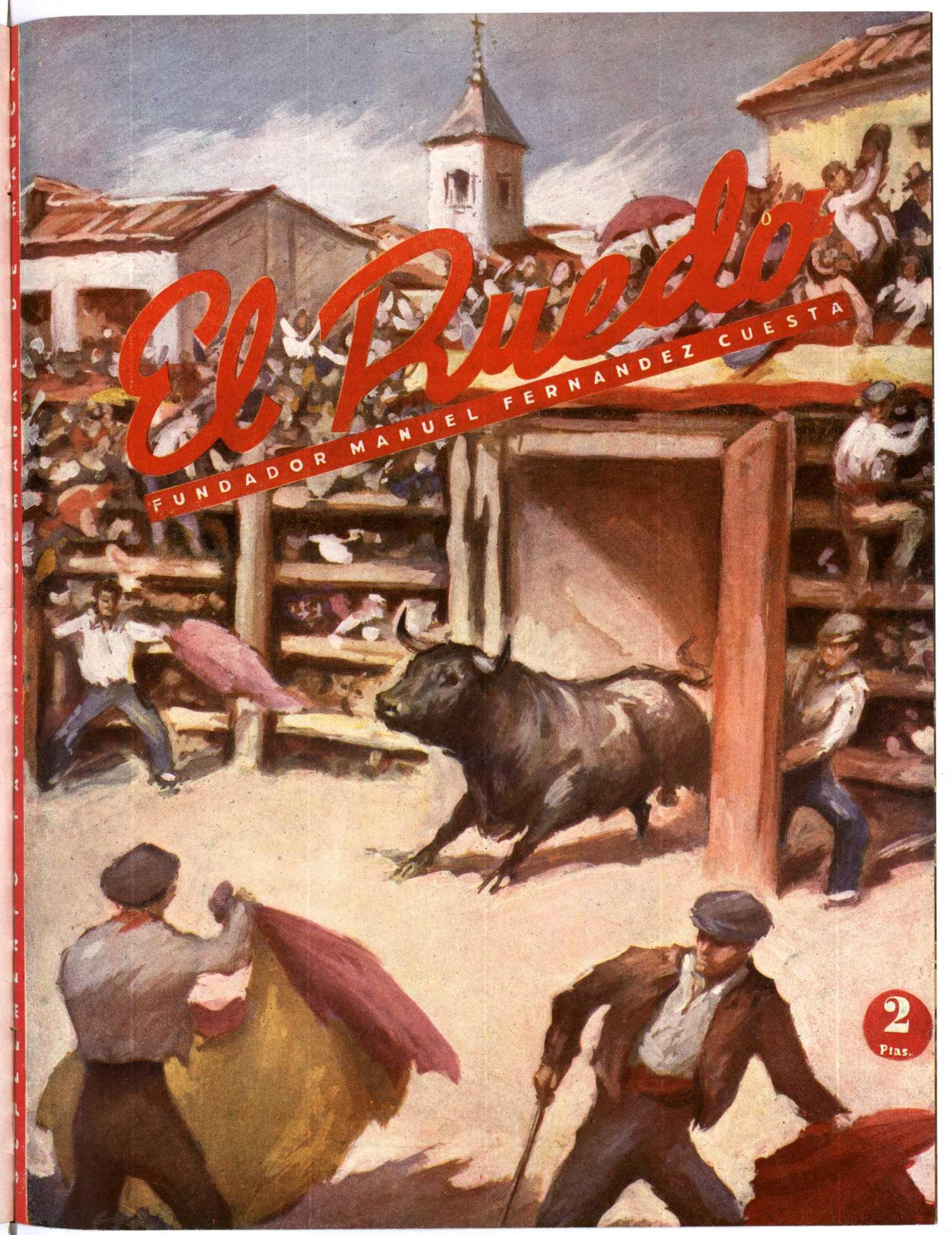


# El Ruedo

FUNDADOR MANUEL FERNANDEZ CUESTA



2  
Plas.



DIESTROS DE ANTAÑO  
Manuel Mejías Bienvenida



**EL FESTIVAL DE LA FABRICA NACIONAL DE ARMAS, EN TOLEDO**



Tres notas gráficas del festejo taurino, en las que aparecen las señoritas que presidieron, acompañadas de Villalta y los matadores que tomaron parte; la presidencia, en la que figura el coronel director de la Fábrica de Armas, don Juan Más del Rivero, alma de estos festejos; y los diestros dispuestos a hacer el paseillo. (Información gráfica en las páginas 10 y 11)

(Fots. Baldomero)



# AYER Y HOY

## Apogeo y decadencia del brindis

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA  
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II -:- Madrid, 6 de diciembre de 1945 -:- Núm. 76

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Es muy pronto aun para hacer cálculas sobre la temporada próxima; pero hay ya elementos bastantes para analizar, siquiera sea muy someramente, las situaciones que van a crearse con la ausencia de Manolete y Arruza, segura en los meses de marzo y abril y hasta mayo, y probablemente por todo el año próximo.

Las empresas de festejos de tradicional trónio, como las corridas falleras de Valencia y las de la feria sevillana, andan preocupadas e indecisas. Al contrario de lo que ocurrió el año pasado, no saben cómo organizar sus carteles, temerosos de un fracaso económico, y, sin embargo, la cosa es fácil. Los buenos aficionados los tienen ya hilvanados en sus mentes. Hay diestros bastantes para organizarlos de primera categoría. Antonio Bienvenida, que con su año de ausencia de los ruedos españoles ha recobrado el extraordinario interés que despertó con sus magistrales faenas de muleta abiertas con la gracia impar de su pase cambiado; Choni, el torero peleón que no deja nunca ganarse la partida y que ha encontrado su propio acento en el estilo estandarizado de nuestro tiempo; Luis Miguel Dominguín, obligado a refrendar la fama de artista dominador que este año se le ha otorgado; Pepe Bienvenida, creador de la gran tarde de toros del Día de la Raza, capaz de resucitar las más brillantes y difíciles suertes del toreo antiguo sin desdeñar lo más mínimo de los modos actuales; Morenito de Talavera, que hizo efectiva su total recuperación; Juanito Belmonte, en su limpia línea genealógica de toreo emocionante, y los más recientes Parrita, Aguado de Castro y Rafael Llorente, poco gastados, con indudable interés todavía para cerrar ternas de buenos carteles.

De todos estos diestros y de otros no nombrados por no pecar de largos, así como de los que tienen que regresar de Méjico, pueden esperar las Empresas llenar con facilidad las Plazas y obtener considerables beneficios con tal de que en lo económico procuren dar satisfacción al público, no ya cansado, sino agotado de pagar localidades a precios escandalosos.

La fiesta podría así recuperarse, encontrar su natural nivel artístico y económico, tan rebasado en las dos últimas temporadas, que ha estado a punto de hacerla desaparecer, y los aficionados recobrar su ilusión, si no pérdida, sí abatida.

Todo estará en que los diestros nombrados se hagan cargo de su especial responsabilidad de abrir una temporada. En sus manos tienen excepcionales posibilidades, entre otras, la de restablecer el equilibrio de la fiesta, salvándola del peligroso bache en que ha caído.

Esperemos por tanto la próxima temporada con la esperanza abierta de par en par. Que juventud y nombre para lograr un año redondo los hay de sobra.



Homenaje a Alvaro Domecq en Sevilla. Tres momentos del acto con que se obsequio al gran rejoneador jerezano. Arriba, a la izquierda: Un aspecto de la sala.— A la derecha: Romero Murube, que ofreció el acto.— Abajo: El homenajeado con el alcalde de Sevilla, el Capitán general de la región, el Gobernador militar y el conde de Sacro Imperio. (Fotos Arenas)

# Festival taurino en Mora de Toledo



Luis Miguel Dominguín da la vuelta al ruedo después de haber cortado las orejas y el rabo de su novillo



Un buen par de banderillas del menor de los Dominguines, que alcanzó un gran triunfo



Domingo Dominguín entrando a matar en el festival celebrado en Mora de Toledo



Rafael Llorente toreando por chincelinas en el novillo que toreó y mató superiormente en Mora de Toledo



Luis Miguel Dominguín, antes de dar comienzo el festival, conversando con las autoridades locales

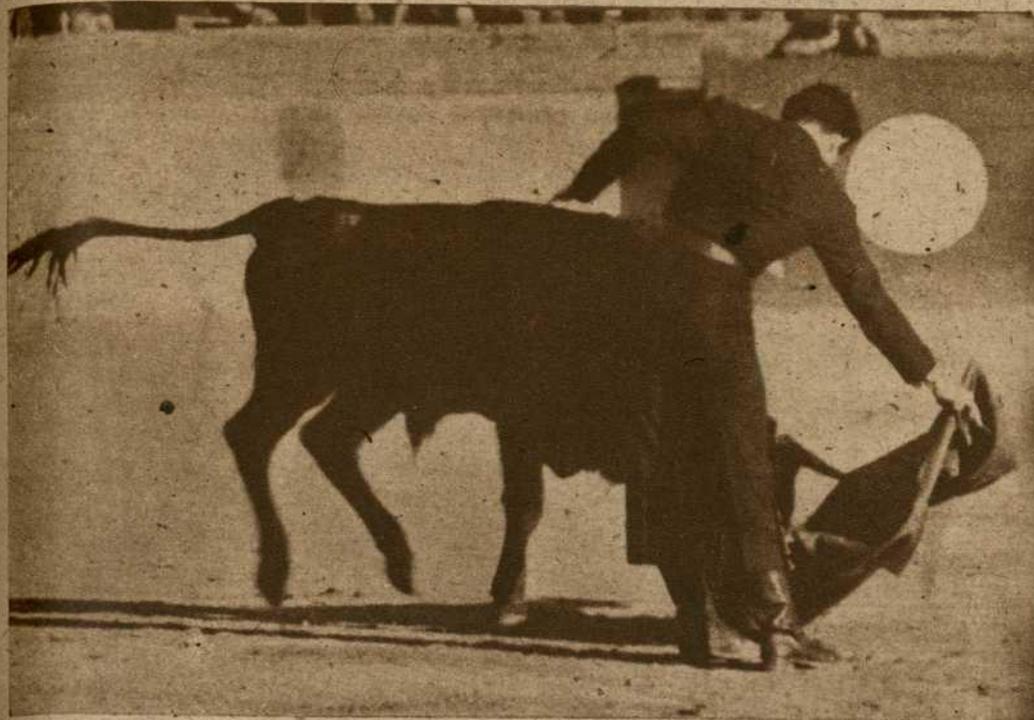


Luis Miguel Dominguín



Rafael Llorente

# Morenito de Talavera, Domingo Dominguín, Luis Miguel Dominguín y Rafael Llorente



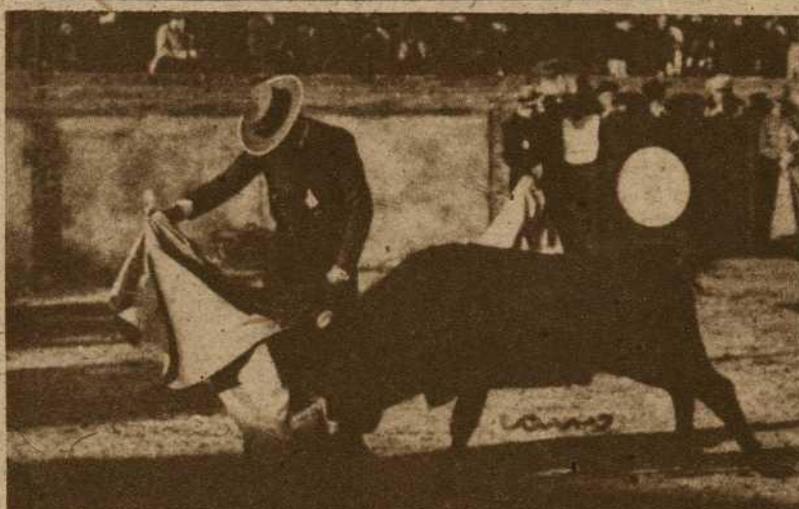
Llorente toreando de muleta magníficamente en el festival de Mora de Toledo



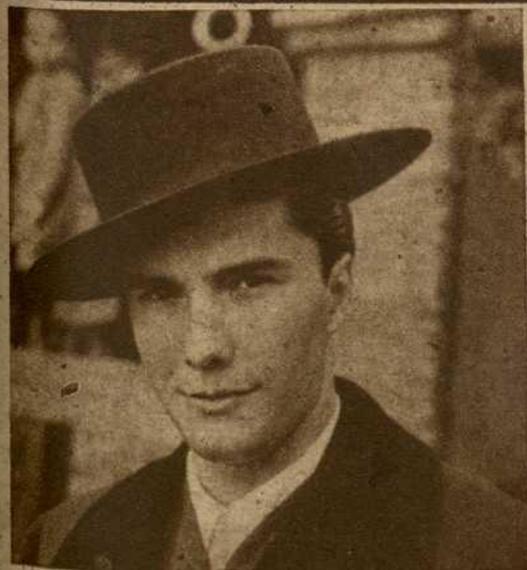
Después de la lidia de su novillo, Luis Miguel Dominguín, entre barreras, con la bota en alto, calma su sed con un buen trago



Rafael Llorente, Luis Miguel Dominguín, Morenito de Talavera y Domingo Dominguín antes de hacer el pasello



Morenito de Talavera, que alcanzó un gran triunfo, toreando con temple y mando con el capote



Domingo Dominguín



Morenito de Talavera



Domingo y Luis Miguel Dominguín aparecen sonrientes antes de dar comienzo el festival de Mora de Toledo (Fotos Mari)

## NUESTRA CONTRAPORTADA

# FRANCISCO ROMERO

Por BARICO



**H**AY muy pocas noticias que podamos tener por indudables acerca de este matador de toros, fundador de la estirpe de lidiadores más famosa del siglo XVIII. Nació en Ronda. Fué su primer oficio el de carpintero, y en sus ratos libres entretenía sus ocios, con otros aficionados, en sortear reses en henaderos y corrales de los mataderos. Se distinguió tanto por su habilidad en tales menesteres, que la Real Maestranza de Ronda le confió la dirección de las capeas de novillos que se celebraban en su Plaza. Tomó Francisco gran afición a la práctica de suertes entonces nuevas, y sin que entremos a aclarar si fué o no el inventor, se distinguió en la suerte de "matar los toros cara a cara, con ayuda del estoque y la muleta". Don Nicolás Fernández de Moratín dice en su "Carta histórica": "Por este tiem-

po (el año 1726) empezó a sobresalir a pie Francisco Romero el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron en este arte usando de la muletilla, esperando al toro cara a cara y a pie firme, y matándole cuerpo a cuerpo; y era esto una cierta ceremonia que el que esto hacía llevaba calzón y colete de ante, correa ceñida y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir a las cornadas."

En la "Cartilla de torear", de la biblioteca de Osuna, se habla ya del lienzo con que se daba la estocada de la ley, y esta "Cartilla" es anterior, en treinta o cuarenta años, a la época en que Romero comenzó a practicar el toreo, y, por consiguiente no puede decirse con verdad que Francisco Romero fuera el inventor de la muleta.

Romero, después de demostrar sus dotes en capeas y novilladas, convenció a los maestrantes a que dieran corridas de muerte. A este propósito, dice Velázquez y Sánchez: "Pero, sea como fuere, Francisco Romero, dejando las capeas y novilladas por mayores empresas, decidió a los maestrantes a corridas de toros de muerte, como desde Felipe V les daba la Real Maestranza de Sevilla; comprometiéndose a estoquear los feroces brutos, después de picados de vara larga y estimulados con rejiletes por alternativas parejas de chufas, conforme al uso y práctica de Madrid, la metrópoli andaluza y las provincias del Norte. Hombre de grande valor, de excelentes facultades físicas y diestro en los lances con toda especie de ganado bravo, el diestro de Ronda correspondió a las esperanzas de sus protectores, interesando al pueblo en una fiesta de condiciones propias, a excitar sus sentimientos principales: la expectación del riesgo y el triunfo de la habilidad serena sobre la fuerza ruda. Desde que Romero se acreditó de diestro en corridas formales, abandonó su ejercicio primitivo, cediendo su puesto en los talleres a su hijo, Juan, que, no obstante la oposición del autor de sus días a que ensayara sus fuerzas en el sorteo de reses, cultivaba esta afición, estimulado por las ovaciones que recibía su padre y seducido por la posición que adquiría éste merced a las pruebas de su esfuerzo y mañosa táctica en las lides taurinas. La reputación de Francisco Romero cundió por Andalucía lo bastante para que se deseara verle en Sevilla, Granada y Málaga; pero no consta que trabajase en dichos puntos, como ya vimos que, a pesar de las instancias del hermano mayor de Ronda..."

Sin duda, fué Francisco Romero un torero más que estimable, que acimató en Ronda un toreo hasta entonces desconocido allí, y que fué, poco después, distinto al que se practicaba en el resto de España. Logró Francisco Romero crear en Ronda una Escuela de toreo, y fué, como queda dicho, el fundador de la estirpe torera más famosa del siglo XVIII. Por ello vivirá siempre Francisco Romero en la historia del toreo.

## VEINTICINCO AÑOS DE TOREO

# ACTO INTIMO EN HONOR DE ANTONIO LABRADOR, PINTURAS



Antonio Labrador con El Espartero, que asistió al homenaje

El gran peón Pinturas, a quien se le obsequió con un acto íntimo



Pinturas con su padre, celebre banderillero en su época de torero



El banderillero rodeado de los asistentes al acto (Fotos Manzano)

Muy antiguo  
y muy moderno...

Un coñac de  
ayer para el  
gusto de hoy.



**VALDESPINO**  
JEREZ

## CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO

# El escritor y periodista CLAUDE POPELEIN fué amigo de IGNACIO SANCHEZ MEJIAS y toreó en Pino Montano

En el Sur de Francia hay un magnífico ambiente taurino

SE tiene la general creencia de que el espectador extranjero entiende poco de toros. Pero esto no es verdad sino en aquellos espectadores de fuera que pasan por nuestro país y ven algunas corridas con los mismos prismáticos de turista con que contemplan nuestros paisajes y nuestros monumentos. Hay muchos extranjeros que comprenden y aman nuestra fiesta y que poseen de ella conocimientos que ya quisieran para sí muchos de los que presumen de ser muy entendidos en las cuestiones taurinas.

Uno de estos extranjeros que saben de nuestra fiesta, y que desde hace tiempo la siguen con especial atención de verdaderos entusiastas, es el francés Claude Popelein,

escritor y periodista muy destacado y buen amigo de España, hasta el punto de que tiene concedida la Encomienda de Isabel la Católica. Claude Popelein ha desempeñado varias corresponsalías en España, y su firma se ha visto en las mejores revistas y periódicos, no sólo de su país, sino de otras partes. Entre sus escritos, hay numerosos sobre toros, y gracias a él muchos franceses tienen una visión de la fiesta bastante más exacta que antes de que pudieran documentarse en los artículos y las crónicas de Claude Popelein.

Una vez, Claude Popelein fué a San Sebastián. Tenía entonces diez años, y se celebraban en la Plaza donostiarra dos corridas de Pascua de Resurrección. Popelein vió en ellas a Machaquito y a Cocherito de Bilbao, en la primera, y a Ricardo Torres, Bombita, y al mismo Cocherito, que toreó en sustitución de Martín Vázquez —el padre de los actuales toreros del mismo apellido—, en la segunda. Estos fueron sus primeros contactos con la fiesta. Después volvió a España en el año 11, y desde entonces, hasta que estalló la guerra del 14, pasaba en nuestra Patria todas las temporadas, con el principal objeto de asistir al mayor número de corridas que le fuera posible.

En esos años vió a los Bombas, al Gallo, a Gaona, a Regaterín, a Vicente Pastor y también a José, a Belmonte, a Paco Madrid, a Posada...

La guerra puso un largo paréntesis en su afición, que no volvió a reanudarse hasta el año 1923, en que volvió a España. Es la época de su amistad con Ignacio Sánchez Mejías, en cuya placita de la finca de Pino Montano toreó Claude Popelein con frecuencia. Un año tras otro, Popelein venía a nuestro país, atraído por nuestra fiesta. Se hizo amigo de Cossío y de Zuloaga, compró todos los libros que encontró sobre toros, todas las revistas que pudo hallar en los puestos de viejo. Hoy tiene una biblioteca taurina de gran valor. Y hoy y ayer, siempre que tiene ocasión, toreó, para satisfacción de sí mismo, por sentir esa emoción de ver pasar el becerro embobado en el capote. No, no es un torero malogrado Claude Popelein. El mismo confiesa que su estilo es



Claude Popelein en un estupendo derechazo durante un festival



Claude Popelein, notable escritor y periodista francés



El periodista francés, en el mismo festival, al iniciar un pase de muleta

campero, sin ninguna finura artística... ¡Pero disfruta tanto toreando!

Ahora Popelein está aquí y no tiene ninguna prisa por marcharse. Es posible que por su gusto se quedara para toda su vida. Porque está aclimatado en nuestro ambiente, ganado por las simpatías y las amistades que ha sabido conquistarse.

Queremos saber por él la visión de la fiesta, observada desde el otro lado de los Pirineos. Y Popelein nos explica:

—En el Sur hay afición y, además, se entiende de toros. En cambio, en el resto de Francia las corridas están prohibidas terminantemente, como usted sabe. Lo que si se ha tolerado en muchas oca-

siones son simulacros de corridas, y estas parodias son las que han podido equivocar a los que las han presenciado. Pero en el Sur, sí, hay mucho ambiente, y lo que en el resto del país no se permite, allí, por tradición, se sigue autorizando. De todos modos, en París sí que sería posible encontrar tal vez hasta trescientas personas que conocen la fiesta en toda su verdad. Por las Plazas del Sur se torea ganado español, ya que el de allí no sirve más que para lidiarse, a lo sumo, en corridas sin picadores y sólo embiste a fuerza de acosarle mucho. Los toreros también son españoles casi siempre, y ha habido años en que se han dado treinta y cinco corridas y quince novilladas. El clima del espectador es el mismo que el de aquí, con la misma pasión y el mismo entusiasmo...

Como decimos, Claude Popelein ha toreado, y torea, mucho. Siempre que tiene ocasión. Su mejor actuación fué en un festival benéfico en Pamplona, en 1933. Alternaban Niño de la Palma, Chico de la Audiencia, Parejo, Maravilla, el doctor Carretero y Popelein. Popelein cortó las orejas y el rabo. Como diestro, Popelein no tiene miedo, y lo mejor que ejecuta es la suerte de matar. Como espectador, confiesa que disfrutaba más con los toros de antes.

—Todo creo yo que era más... majo: los toros y los toreros. Desde luego, los artistas eran menos depurados; pero su presencia en la Plaza tenía más señorío, y su arte tenía más lucha y menos esgrima. Y esto se vió bien hace poco en el festival de Colmenar, cuando el Papa Negro nos hizo revivir por unos minutos aquellos tiempos y aquellos toreros de antaño. Naturalmente, esto no es negar los méritos artísticos que brillan en la actualidad pero es fácil comprender que la emoción del toreo es mucho menor...

Ahora, Claude Popelein nos muestra las pruebas gráficas de sus actividades taurinas.

Con la muleta cogida por el centro del palo, toreó al natural a un becerro, en la finca de Domingo Ortega. Y exhibe satisfecho estas fotografías, que él va guardando como sus mejores recuerdos.

RICARDO ARMENTALES



El espada.—¡Vamos al toro niño!

El peón.—¡Hombre, también son ganas de poner motes!

Portada del semanario 'El Miura', que dirigió Eduardo Pagés

YO empecé a escribir de toros en un semanario de Eduardo Pagés. Apareció en Barcelona el año 1911; se titulaba "El Miura", y era su director nominativo un señor Vigué Rovira, porque Eduardo no tenía aún la edad que la ley marcaba para llevar la responsabilidad de una publicación. Pero en "El Miura" todo era orientación del que más tarde fué conocido con el sobrenombre de "empresario universal". En aquel periódico, para mí de adolescentes recuerdos, director, redactores, colaboradores y corresponsales literarios cargábamos nuestras estilográficas con dinamita, y más toreros eran lanzados al aire, como consecuencia de nuestras campañas, que por los propios derrotes de los toros de la época. Por nuestras plumas corrosivas fluían gerundios y más gerundios en una serie de revistas copiosas en aquellos anticuados "bregando, Fulano", "picando, Mengano" y "banderilleando, Zutano". Y no sería verídico negar que, en más de una ocasión, en las columnas del semanario barcelonés, no aparecieran faltas de ortografía de esas inachacables al sufrido cajista. Pero, ¿cómo quieren ustedes que todo saliera perfecto en un periódico bajo la dirección efectiva de un muchacho, todavía, por aquel entonces, sin una base suficiente de cultura? No obstante, Eduardo Pagés llevaba "algo dentro", como se vió más tarde, e innato en él un humorismo que le hubiera situado en un primer lugar entre los humoristas españoles, si, al paso del buen escritor en ciernes, no hubiera salido la cuadrilla de los Charlots y, más tarde, ya en la carrera del triunfo, la exclusiva de corridas con Juan.

El brillante en bruto que era la pluma de Eduardo Pagés dió popularidad y fama a su seudónimo de Don Verdades e hizo temerosas sus campañas. Para echar agua al vino —vino de muchos grados— de los escritos miureños, que molestaban la libertad de acción en el negocio de las Empresas barcelonesas, alguna de ellas pudo pagarse un semanario "ministerial",

Tiempos y situaciones. Pasados los años, Eduardo Pagés, en la cúspide de su actuación de "empresario universal" de mucha categoría, era muy sensible a las campañas de Prensa, y le "asustaba" yo:

—Conservo, creo, la única colección completa de "El Miura". ¿Qué pasaría si yo reprodujese todas las cosas que hace veinte años escribía usted contra las Empresas de las Plazas de Barcelona?

Era mucho el tiempo transcurrido desde que Don Verdades había arrinconado su seudónimo para que don Eduardo Pagés disculpase a los periodistas "batalladores", como se denominaba en el periodismo profesional a los que no dejaban vivir a nadie, y creo que no dejaba de sentir cierto temor hasta saber que la única colección completa de su semanario pudiera estar convertida en pavesas.

Don Verdades, pues, periodista taurino, alcanzó una celebridad, y en los datos biográficos recientemente publicados con ocasión de su fallecimiento, en casi todos, bien por ignorarlo, bien por servirse de datos de Diccionario enciclopédico, no se dejó de recordar: "En sus tiempos fué escritor taurino, con el seudónimo de Don Verdades".

Pero ninguno sabía el primitivo apodo utilizado por Pagés; un apodo que no dejaba de ser pintoresco. A mi hemeroteca de tauromaquia vino a dar, hace no muchos años, la colección de un semanario barcelonés titulado "El Torero Chico". Cinco céntimos valía cada número, y en verdad que el papel no era malo, y abundaba en fotografías y caricaturas interesantes. ¡Oh, el poder adquisitivo de la perra chica a comienzos de este siglo! Hojé la revista, y, en cier-

## TRAZOS PARA UNA BIOGRAFIA POSIBLE

# EDUARDO PAGÉS, PERIODISTA TAURINO

Por DON INDALECIO

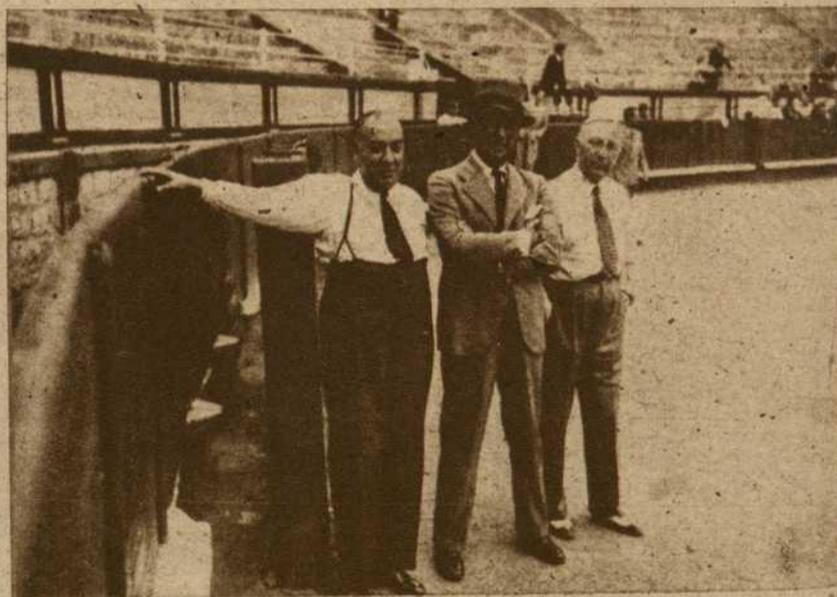
con título de toro de lidia suave, "El Saltillo", en tamaño diminuto, que sirvió al humorismo de Pagés para no rebatir al contrario designándole por su propio nombre, sino aludiéndole en forma parecida a ésta: "Según dice el *confetti* de la Empresa en su número último...". Y así, con ese despectivo no darle importancia al contrario, "El Saltillo" fué "arrastrado" en seguida, en tanto "El Miura" vivió seis años, y más hubiera vivido a no seguir Don Verdades otros rumbos también tauromáquicos, pero diferentes a la letra periodística. Sin embargo, seis años para la vida de un semanario de toros no son despreciables del todo, y mucho menos con semejante título. "¡Un Miura de seis años —venía a decir al comenzar ese año sexto—, cualquier hora se ponen delante de él los toreros!"

El artículo denunciaba a cien leguas la mano de un escritor de doce años, que esos eran los que contaba Pagés en 1903. Y su prosa no hacia presumible el humorista logrado después. Tras el título de "La Fiesta Nacional", el niño Pagés comenzaba enfáticamente: "Nosotros, los que somos verdaderos aficionados..."; y luego, con arremetidas fuertes para los detractores del espectáculo y alusiones al obrero que ansia el descanso del domingo para irse a los toros, terminaba su presentación en la literatura taurina con estos dos detonantes párrafos:

"Ellos, nuestros detractores, ya saben lo que hacen; ellos quisieran al pueblo, a las masas inconscientes, denigradas, sin ánimos para defenderse de la inicua explotación.

¡Y ay de España en el nefasto día que se extingan las corridas de toros!"

¿Quién adivinaría en esta prosa al Pagés bien humorado siempre de los años posteriores? El seudónimo con que firmó, me lleva a pensar que todavía no se le había pasado la ira de cuando vió sus tufo por el suelo...



Eduardo Pagés, Antonio Pérez Tabernero y el doctor Ariño, el día del banquete-encerrona de la tertulia taurina de 'El Choko', celebrado en San Sebastián el año 1939

## EL TORO PERDIGON

Lleva en su testuz la V de la victoria y ha sido regalado por el ganadero a Winston Churchill

FUE el sábado pasado, y en los salones del Instituto Británico. El ganadero Escobar hacia entrega de la cabeza disecada del toro Perdigón al embajador británico en España, para que éste, a su vez, lo hiciera a Winston Churchill como presente de amistad y admiración.

La cosa resultaba chocante y curiosa, tanto más cuanto que la cabeza del toro en cuestión lleva una gran uve, que destaca blanca sobre el resto de pelo negro.

José Escobar, viajero incansable, ganadero escrupuloso y simpático por encima de todos sus títulos, nos ha contado la anécdota de la cabeza del toro Perdigón.

Estamos en un rincón de la sala, mientras transcurre el acto de la entrega. Ilustres personalidades, que honran con su presencia la intimidad del momento, charlan animadamente en grupos dispersos. Escobar, mientras tanto, va contándonos la pequeña historia del caso.

—Este toro, Perdigón, nació lucero. Y ya en los primeros meses la uve que adorna su testuz se le fué acusando de gran manera, hasta lograrla de una forma que no admitía lugar a dudas, como usted puede juzgar.

—Pero ¿cómo fué la idea de regalársela a Churchill?

Mientras enciende un cigarrillo calmosamente, sonríe.

—Espere, no se im-



Fué lidiado el año pasado en la Feria de Valencia y resultó de gran nobleza y bravura

la corrida salió gorda y brava. Quedé muy contento de ella.

—¿Qué espadas alternaban?

—Manolete, Andalúz y Antonio Bienvenida.

—Entonces el toro fué lidiado ¿en qué lugar?

—Le salió el primero a Manolete.

Nos levantamos y, sin proponérselo, vamos hacia el lugar donde está la cabeza de Perdigón. Ha quedado preciosa, con un brillo en la piel que parece que, vivo, el toro se va a arrancar hacia el que lo mira.

—¿Quién lo ha disecado? —le preguntamos.

—Benedito, que ha hecho un estupendo trabajo. ¿Verdad que queda muy bien?

Lo dice con ternura, mientras abraza con la mirada la cabeza de este toro Perdigón, que en los momentos en que ya estaba decidida la balanza de la guerra nacía con un lucero sobre su testuz, que llevaba la forma clara de una uve: la de la victoria.

Otras personas se van acercando para ver de cerca la obra del disecador. El grupo se va haciendo compacto y la conversación se generaliza.

Lo que viene a ser, en consecuencia, el término de nuestra misión periodística.



El embajador inglés con el director del Instituto Británico y Domingo Ortega durante el acto de entrega de la cabeza del toro Perdigón

ciente. Perdigón nació en Chozas de la Sierra, en una finca que tengo allí. Yo, que me he educado en Inglaterra, tengo, como es natural, muchos amigos ingleses. Un día, en el año 1942, aun el animal no era más que eral, unas amistades de Inglaterra me fueron a visitar, y al enseñarles la finca, vieron a Perdigón y les causó asombro la uve que adornaba su cabeza. Buenos amigos del entonces 'premier' inglés, pensaron en comprarme el toro para regalárselo a Churchill.

—¿Y usted se lo vendió? —le interrumpimos.

—No; no podía ser. Yo lo que hice fué prometerles su cabeza después de que fuera lidiado.

—¿Entonces ya estaba destinado para alguna corrida?

—Aun no. Más tarde fué vendido a la Empresa de la Plaza de Valencia para su feria.

—¿Cuándo se lidió?

—En el año 1944, a finales del mes de julio. Manolete fué el espadaque lo mató.

Miramos a la cabeza de Perdigón desde nuestro sitio. Las dos orejas del bicho aparecen intactas.

—No hubo cortes de orejas, por lo que se ve...

—No. El toro fué muy bueno. Bravo y noble. Y Manolete le hizo una estupenda faena; pero a la hora de matar le pinchó dos veces, y por ello no dió más que la vuelta al ruedo. Pero, en fin, ahora más vale así, porque de este modo, con las dos orejas, la cabeza está más bonita.

—¿Cuánto pesó?

—Pues le anduvo muy cerca de los trescientos kilos. Toda



El duque de Alba leyendo la dedicatoria que el ganadero le dirige a Churchill



El novillero mejicano Antonio Rangel, que asistió al acto, observa la cabeza de Perdigón (Fotos Manzano)

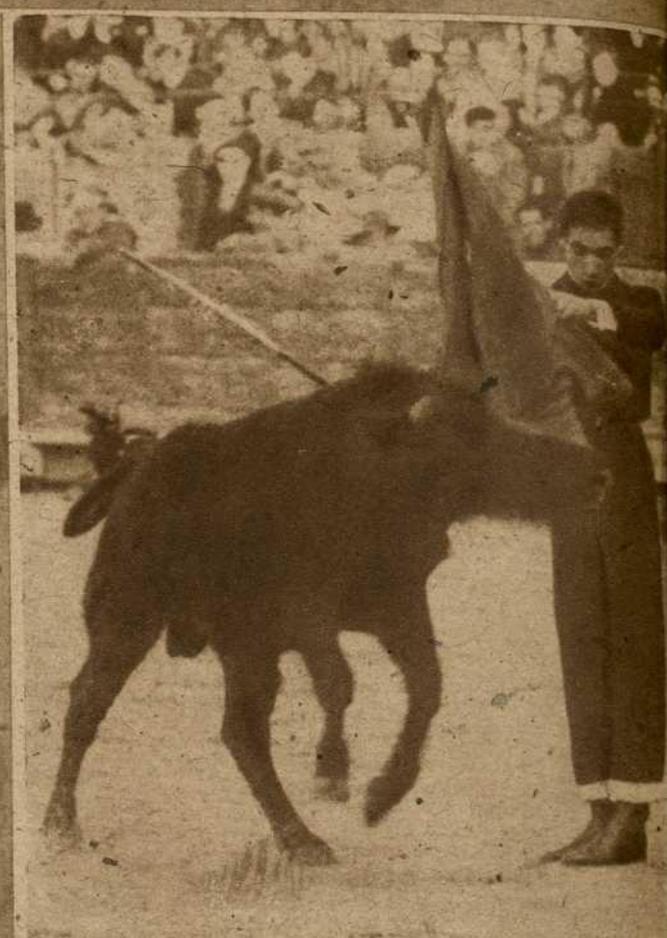
# FESTIVAL ORGANIZADO POR LA FABRICA NACIONAL DE ARMAS DE TOLEDO



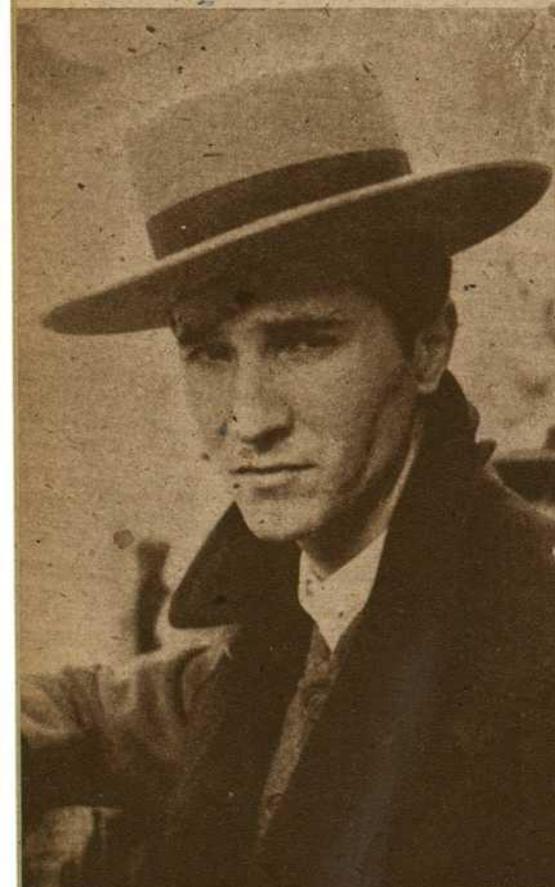
Angel Luis Bienvenida, que tomó parte en el festival



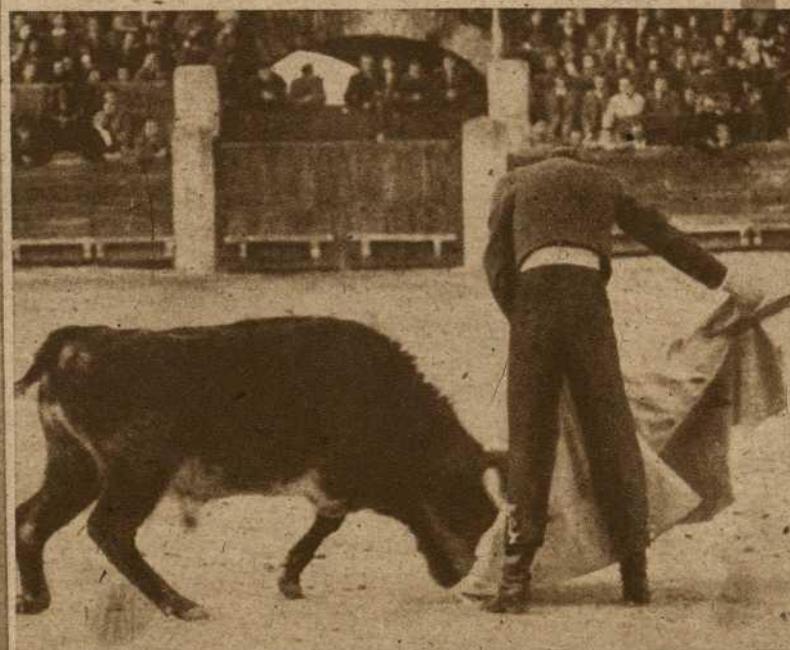
Un magnífica manoletina de Aguado de Castro en el festival de Toledo



El mismo diestro en un estatuario durante la faena de muleta



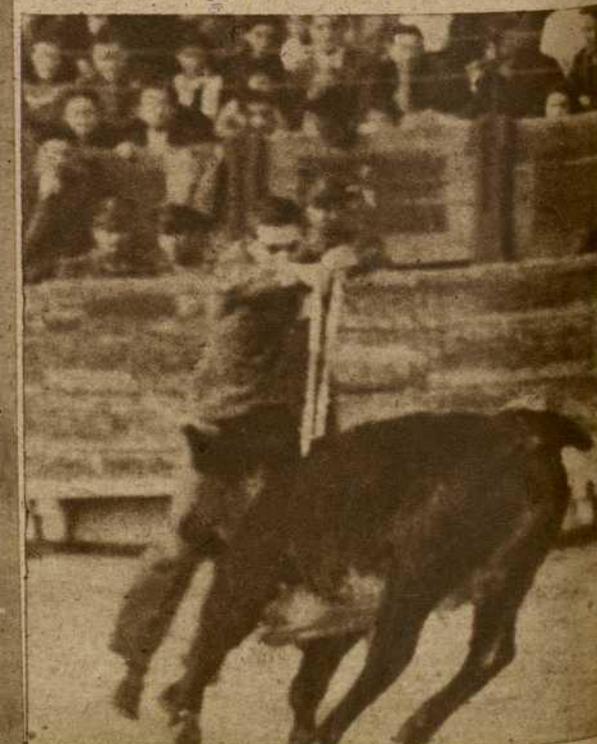
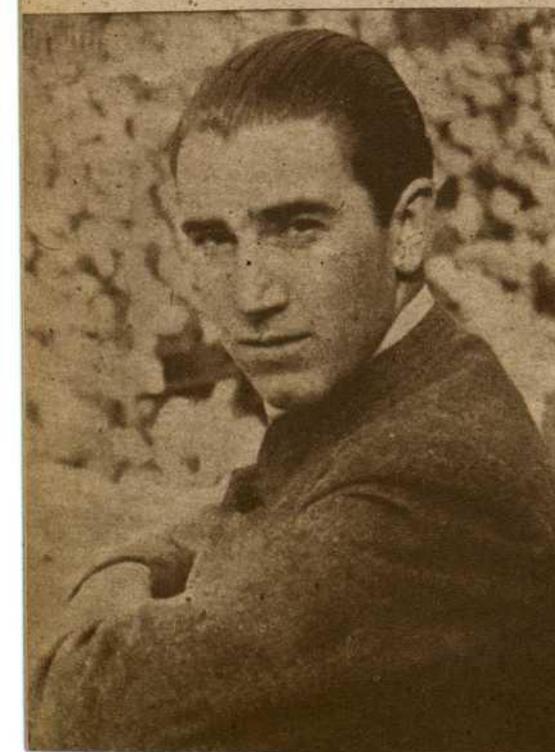
Luis Miguel Dominguín en un intermedio del festejo.—Abajo: El madrileño Parrifa espera su turno



El pequeño de los Bienvenida en una buena verónica a su novillo.—Abajo: Un buen derechazo de Luis Miguel Dominguín al becerro que le tocó en turno



Angel Luis Bienvenida da la vuelta al ruedo con las orejas cortadas a su enemigo.—Abajo: Antonio Bienvenida, que asistía al festival, dispuesto a colocar un par de banderillas



# Luis Miguel Dominguín, Aguado de Castro, Parrita, Angel Luis y Juanito Bienvenida



Luis Miguel Dominguín forcea por manoletinias junto a las tablas



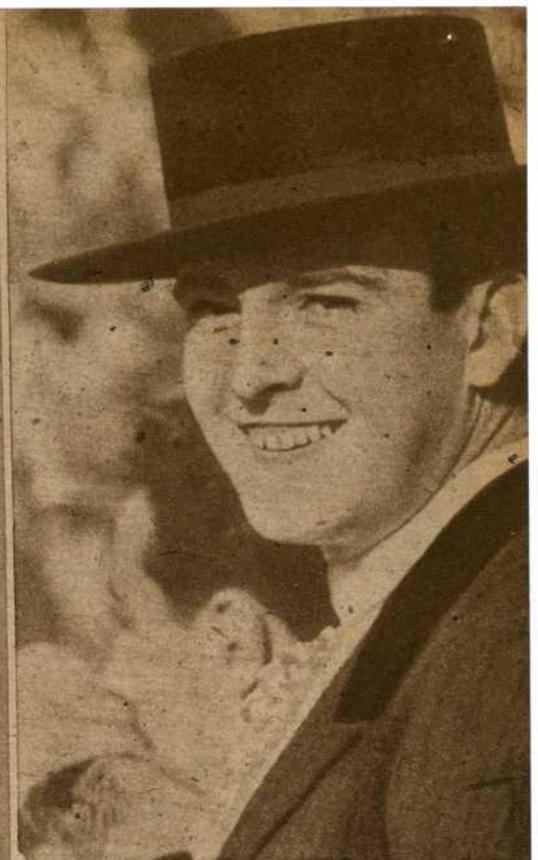
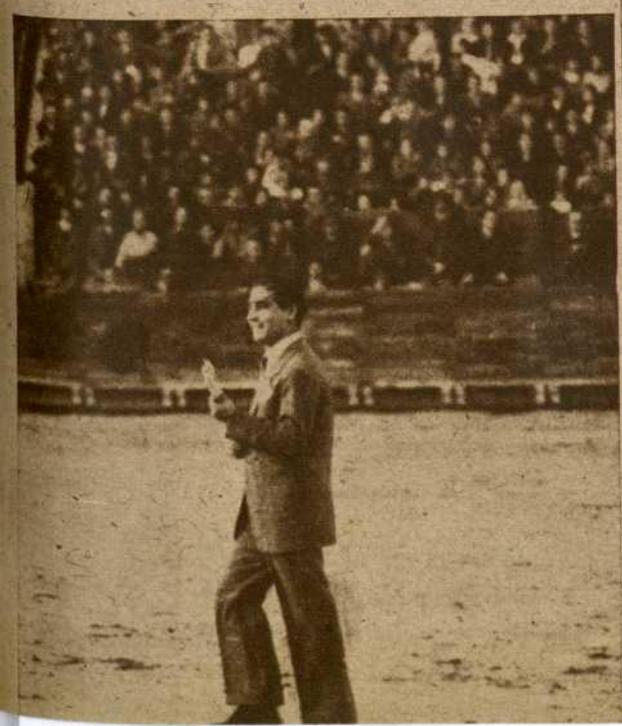
Juanito Bienvenida en un natural en su faena de muleta



Un adorno de Angel Luis Bienvenida durante la faena de muleta a su becerro.—Abajo: El par que colocó Antoñito Bienvenida a petición del público que acudía al festival



Las señoritas que presidieron el festejo organizado por la Fábrica de Armas de Toledo.—Abajo: Parrita al iniciar un pase por alto en su faena de muleta (Fotos Baldomeço y Mari)

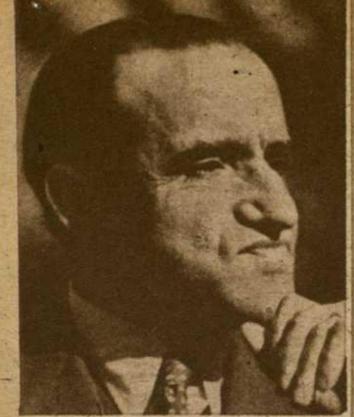


Juanito Bienvenida, que tuvo una brillante actuación



Aguado de Castro, otro de los diestros que tomó parte en el festival.—Abajo: El diestro Parrita con su padre





# JUAN BELMONTE

Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso.

EL RUEDO ha terminado la publicación de los «Apuntes para una biografía de Joselito», debidos a la pluma del ilustre escritor Felipe Sassone. Seguidos con apasionante interés por nuestros lectores, que han gustado de la prosa castiza y brillante de nuestro querido colaborador —quien ha de continuar prestigiando con su firma las páginas de esta revista—, iniciamos seguidamente la semblanza de ese hombre extraordinario que es Juan Belmonte, porque hemos considerado que debían marchar unidos en la evocación los que, juntos, llenaron la etapa más vigorosa de todos los tiempos del toreo.

De vuelta de su gran aventura por la vida, con medio siglo a cuestas, Juan Belmonte conserva íntegra aquella fuerte personalidad que le hizo famoso en la fiesta de toros. Físicamente ha variado poco: si acaso, los años han acentuado aún más los rasgos distintivos de su perfil humano hasta darle simbólica perennidad. Y su afición es la misma. Es verdad que Juan Belmonte rara vez habla de toros, pero no hurta jamás su participación activa en cuantos festivales, casi siempre benéficos, es solicitada su presencia, ni durante sus estancias en «Gómez Cardañas» deja de jugar un solo día —con la garrocha, el rejón simulado o el capotillo— con los erales y vaquillas de su ganadería. Parece como si no se resignara a vivir apartado de una fiesta en la que, si conquistó fama, laureles y dinero, cobró también graves percances y amarguras. Sin embargo, aquí, en «Gómez Cardañas», a caballo por los senderos que cruzan el lentisco y la jara, al pie del retrato que allá, en su rincón vasco, le hiciera, hace algunos años, el llorado Ignacio Zuloaga, o en la intimidad de su rincón-biblioteca, entre novelas rusas y biografías de André Maurois, Ludwig y Stefan Zweig, aquí Juan Belmonte es la



La Iglesia de Omnium Sanctorum, donde fue bautizado Juan Belmonte

auténtica y poco conocida estampa del señor andaluz. Lejos, apenas adivinada en algunos recuerdos, queda la figura rutilante del torero triunfante y famoso. Aquí está con todo su actual señorío, tal como le define en su oda Gerardo de Diego, al decirnos:

*Yo canto al varón pleno,  
al triunfador del mundo y de sí mismo  
que, al borde —un día y otro— del abismo,  
supo asomarse impávido y sereno.  
Canto sus cicatrices  
y el rubricar del caracol centauro  
humillando a rajones las cervices  
de la hidra de Tauro  
Canto la madurez acrisolada  
del fundador del hierro y del cortijo.  
Canto un nombre, una gloria y una espada  
y la heredad de un hijo.  
Yo canto a Juan Belmonte y sus corceles  
galopando con toros andaluces  
hacia los olivares, quietos, fieles,  
y —plata de las tardes de laureles—  
canto un traje —bucólico— de luces.*

Pero, hasta la madurez fundacional —nombre, gloria, hierro y cortijo— que canta el poeta, hay una larga historia, que arranca, en 1892, de una casita blanca y humilde de la sevillanísima calle de la Feria; una historia que Juan Belmonte nos cuenta, casi vencida ya la tarde de este día de otoño, mientras, a través del amplio ventanal del caserío de Gómez Cardañas, la vista se recrea en la línea levemente quebrada de los campos donde pastan los toros bravos, guardados por la quieta mansedumbre de los cabestros...

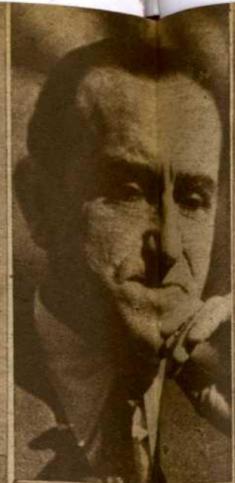
## UN AÑO DE SIGNO TRAGICO

El 1892 lo llena en Sevilla la tragedia de una gran riada que hunde a la ciudad en la desesperación y la ruina. Quiebra marzo la cuesta de sus días, cuando el Guadalquivir se desborda e invade los barrios más bajos. Gran parte de Sevilla queda convertida en una Venecia triste, sin palomas ni turistas. Desde la Giralda se divisa el inmenso mar de la vega, sobre el que asoman los pueblitos sin vida, los caseríos abandonados, los árboles naufragos, anclados por su raíz. En vano se defienden los sevillanos cerrando el paso a las aguas con ataguías y barricadas. Por los usillos se cuele un caudal líquido impetuoso, y en algunos sitios —en la puerta de Jerez, por ejemplo— afloran surtidores espontáneos que hacen las delicias de chicos y grandes. Hacia final de marzo hay una pausa en la catástrofe, que permite acudir en socorro de los damnificados. Hasta la Reina Regente envía donativos cuantiosos. Por algún tiempo no habrá en Sevilla otro tema más fecundo que el de la «arriá». Ni el cólera que invade Europa, ni las fiestas colombinas del IV Centenario del Descubrimiento, borran del comentario y del recuerdo de los sevillanos la reciente tragedia de la ciudad invadida por las aguas del río. Pues bien: en ese año de 1892, bajo un signo trágico, casi profético, nace Juan Belmonte...

## LA MUERTE DEL ESPARTERO

Juan Belmonte nace el 14 de abril de 1892, en la calle de la Feria. Allí, en el número 72, abre sus puertas una modesta tienda de quincalla. Allí nace Juan. Y lo bautizan, con toda solemnidad, en la parroquia de Omnium Sanctorum, precisamente en la misma pila donde han sido cristianados el Gordito y Antonio Montes; en la misma pila donde, algunos años después, recibirá también las aguas bautismales Gitanillo de Triana.

El niño crece en un ambiente relativamente fácil. La tienda de quincalla del abuelo proporciona a la familia un decoroso ingreso. Cuando Juan se asoma al mundo, cuando su razón comienza a distinguir las cosas, le sale al paso —en su casa, en la calle, en el colegio...— noticias no muy recientes de un suceso que Juan no alcanza a comprender en su trágica dimensión: la muerte del Espartero. Mientras los pianillos van repartiendo por



## 1892, un año trágico.—Cuándo murió el Espartero. De la Alameda de Triana.—La primera salida.—Un duro por torear.—Cómo nace la vocación.—En la venta de Cara-Ancha

la ciudad un pasodoble pegadizo y torero, las niñas cantan en las aceras, al compás del repique de sus palillos:

*Manuel García,  
el Espartero,  
el que fué rey  
de los toreros...*

Juan no sabe entonces quién es el Espartero, ni qué razón hay para que la gente se interese tanto por su muerte, pero algo hay en el fondo de su pequeño mundo de preocupaciones infantiles que le hace repetir, con cierta emoción, el nombre del torero muerto:

*¡Pobre Espartero,  
descanse en paz!*

## DE LA ALAMEDA A TRIANA

De la calle de la Feria pasa la familia de Juan a la de Roelas, al otro lado de esa gran arteria que es la Alameda de Hércules. En este paseo, a la sombra de los monolitos que coronan César y Hércules, pasa Juan los años de su niñez. El apenas si recuerda otra cosa que sus diabluras en aquel paseo. Un día, unos amigos le devuelven a su casa con la cabeza vendada. Se ha caído desde el muro que guarda el acceso a un palacio de la Alameda, y han tenido que curarlo en la Casa de Socorro de San Lorenzo. Sus amigos vienen alabando su valor.

—¡Se ha portao más bien!...  
Pero Juan temé la filípica que en su casa le aguarda.

Ocho años tiene Juan cuando se traslada con su gente a Triana. La casa donde se instala la familia tiene a la espalda el río. Allí, a poco de llegar, muere, muy joven aun, la madre de Juan.

—No recuerdo de ella —nos dice— sino que era muy guapa. A mí, el día que murió, me mandaron las vecinas a la calle a jugar con los otros niños... Aquella noche sentí la primera gran amargura de mi vida.

Pero Juan no lloró. ¿No decía todo el mundo que ya era un hombrecito?

## UN DURO POR TOREAR

La muerte de su madre hace cambiar de vida al muchacho. Juan trabaja en el puesto de quincalla que su padre tiene en el Altozano, durante el día. Por las tardes acude, con el señor José, a los cafés de la calle Sierpes, donde se juega al billar. El padre de Juan es un aficionado empedernido al «chapó» y a la «vuelta al mundo», pero el chico, en cambio, no se entusiasma con tales entretenimientos. A Juan le gusta mucho más leer. Su inteligencia descubre el placer de la aventura en los libros heroicos que caen en sus manos. Y su constante guardia al borde del puerto hace lo demás. Un día se escapa con un amigo, dispuesto a vivir la gesta soñada. Va, como el hidalgo manchego, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo, pero la aventura resulta un fracaso. En el Puerto de Santa María deciden los dos amigos regresar.

Por esos días —1907— muere en Méjico Antonio Montes, uno de los primeros espadas que con su toreo paradisímo, puede considerarse como un antecesor mediato de Juan Belmonte. Por el Guadalquivir sube el *Cristina*, que trae desde Cádiz los restos carbonizados del desgraciado diestro. El barco fondea en el muelle de San Telmo, y toda Sevilla se une al entierro de Montes. Juan tiene entonces quince años... Una tarde, mientras juega con



Y le regala un duro. Pero Juan no toma en serio la profecía.

## LA VOCACION

En casa de Juan las cosas no van bien. Su padre, que ha vuelto a casarse, con una hermana de su mujer, se preocupa poco de la familia.

—Yo me daba cuenta de todo —nos dice Juan—. Por eso adopté un aire de «incomprendido», y me lancé de lleno a la amistad de un grupo de picaros que tenía sus cuarteles en las tabernas de los alrededores del Altozano. Aquel era un mundo complicado, donde privaba la baraja, el tabaco y la desvergüenza...

Pero Juan, que oye en aquellas tertulias el constante elogio de Montes —o, mejor dicho, de su toreo revolucionario, frente al de Machaquito, que es la facilidad, y al de Fuentes, que es el academicismo—, siente que una vocación se despierta en él: una vocación todavía confusa, pero que no tarda en hacerse firme.

## UNA PRUEBA DEFITIVA

Y llegó la hora de la prueba. Fue en la Venta de Cara-Ancha, donde por unas pesetas soltaban a los aficionados un becerrote infeliz. Juan admiró aquel día a sus amigos. Cambió de rodillas, toreó de capa y de muleta, simuló las más diversas suertes de la lidia... Después, el becerro, cansado de portarse bien, se arrinconó junto a un burladero, y cada vez que Juan intentaba acercarse, lo derribaba. Aquella noche volvió el chico a su casa sucio, despedido y roto, pero contento. Desde la puerta saludó a su madrastra:

—Vengo —le dijo muy orgulloso— de buscarte el pan a todas estas gentes. Y señaló a sus hermanillos, que jugaban medio desnudos en el patio.

FRANCISCO NARBONA



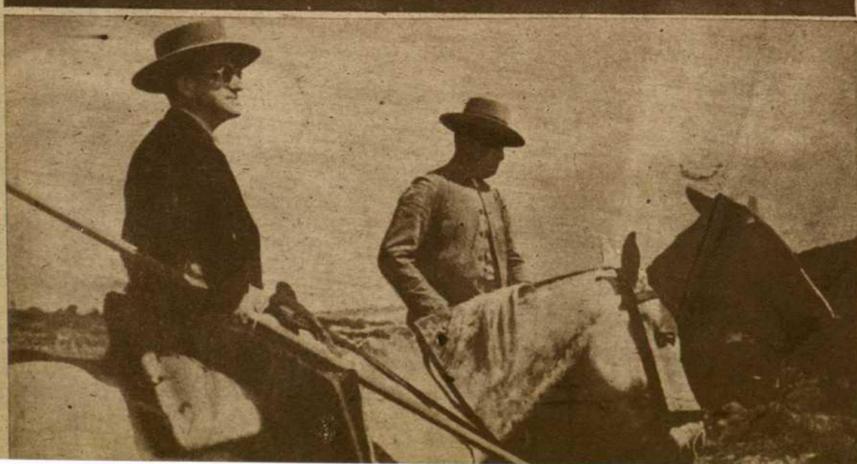
Belmonte ante uno de los cuadros de Zuloaga que decoran las paredes de su cortijo

otros muchachos al toro.—cómo todos los chicos de su edad—, un desconocido le grita desde el pretil del puente: —¡Eh, muchacho!... ¿Quién te ha enseñado a torear así? —Nadie... —Pues lo haces muy bien... ¡Tú serás torero!

El puente de Triana, que abre el camino hacia donde nació el fenómeno sevillano (Fotos Luis Arenas)



Juan Belmonte conserva entera aquella personalidad que le hizo famoso...



**C**UANDO García Hispaleto presenta en la Exposición Nacional de 1871 su famoso cuadro "Salida de los toreros del parador de Borja", todo su dominio del dibujo y del color, todo su talento artístico y concepcionista, se ha puesto amorosamente al servicio de su obra.

Hace cuarenta años que la pintura española, que ha llegado al máximo como creación artística con Goya, Velázquez y "El Greco", contagiada por el ambiente dominante y obseso en Europa, marcó una nueva tendencia o estilo más predominante en el tema o asunto que en la propia técnica empleada en la ejecución de la obra. Intenta, equivocadamente, el romanticismo, en su afán y propósito revolucionario, romper con las escuelas tradicionales, con los estilos y métodos seguidos hasta el momento, olvidando que precisamente, y como se dice antes, la pintura había alcanzado la plenitud de sus maravillosas posibilidades. ¿Qué innovación pretendían entonces implantar los pintores del XIX? El arte, como toda profesión liberal e independiente, gusta, de vez en cuando, del "snobismo", y los pintores de aquella época, más dados a la influencia del ambiente, circunstancial y espo-



«Salida de los toreros del parador de Borja, en Torrelaguna», excelente cuadro de García Hispaleto, que recoge un sugestivo momento de la vida del torero en el pasado siglo

mos, y que en verdad posee cualidades de excelentísima pintura. "Salida de los toreros del parador de Borja, en Torrelaguna" es un cuadro admirable. Es una de esas obras que seducen y encantan desde el primer momento. Asombra la exactitud y fidelidad de los tipos, lo pintoresco de la escena, lo interesante del asunto, la bondad de la pintura y ese inconfundible sello deliciosamente romántico que lo destaca y avalora notablemente.

Porque no vayamos a creer —estamos muy lejos de afirmarlo— que el romanticismo pictórico no posee méritos sobresalientes para honrar una época. No. El romanticismo tuvo sus pro y sus contra; pero negar a la pintura del XIX, y por tanto a sus cultivadores, un prodigioso talento, sería cometer una injusticia, que nosotros, emocionados de aquella fase, estamos muy lejos de cometer. García Hispaleto era todo un pintor, un artista de cuerpo entero, y su obra, indebidamente, olvidada, responde a sus grandes condiciones creadoras.

Tiene el cuadro, que ilustra y embellece esta plana con el encanto sugestivo de que hablábamos antes, una indiscutible maestría en la composición, en el dibujo, en las gamas, tonos y color. Magnífico ese gesto

## EL ARTE Y LOS TOROS

# UN CUADRO Y UN PINTOR

## Divagaciones ante un lienzo de GARCIA HISPALITO

rádico, que a la propia revolución interna, como aconteció en "El Greco", inspiradora de las auténticas y geniales obras maestras, entregáronse con ardoroso afán y entusiasmo al movimiento renovador (?) que nos llegará de allende el Pirineo.

Lucas, Alenza y Villamil, que tras de Goya inician en la pintura el período romántico que con Vicente López, Esquivel y Madrazo recoge lo mejor del arte pictórico de aquel siglo sentimental y melancólico, dejan su influencia en los pintores que han de sucederles. No hay duda que, a partir de entonces, se malogra nuestro arte de los pinceles. Hay artistas notabilísimos, hay talento creativo; hay un maravilloso plantel de creadores del lienzo que pudieron ser, y fueron, excelentes pintores, pero que, con-

tagiados de lo que se llamó "enfermedad del siglo", dejaron que su pintura quedara sujeta a cierto amaneramiento forzado. Y es curioso e interesante observar cómo pasando el tiempo, el romanticismo se ha hecho clasicismo, viniendo a caer en lo que con tanto afán sus cultivadores se desprendían. Acaso los pintores del siglo actual, algunos artistas contemporáneos, hayan realizado, sin proponérselo, la revolución que hace un siglo pretendían implantar, y sin que, al fin de cuentas, ni ayer ni hoy se haya logrado superar lo que ya se había hecho.

García Hispaleto, que ha recogido en su estilo lo mejor del más puro romanticismo, del que no puede sustraerse, pinta en el mismo año 1871, en que lo presenta en la Exposición, el cuadro que comenta-

orgullosa del espada al ceñirse el capote; gracioso y oportuno, el detalle del torero calzándose la zapatilla; sugestiva la moza risueña del primer término; perfecto el gesto y semblante del músico del bombo con el resto de la "murga", y los peones, banderilleros y picadores del fondo; simpáticos los chiquillos que preceden, gozosos y alegres, a la comitiva.

Todo el cuadro, en fin, en un dechado de buena y perfecta pintura, de la que García Hispaleto debió mostrarse satisfecho, como en su día la crítica, que hoy vuelve a ensalzar su obra, destacando como se merece sus indiscutibles méritos.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

# ANSELMO FERNANDEZ fué una vez monosabio en la Plaza vieja de Madrid

Y renunció a ser torero después de la paliza  
que le dió un toro en una capea



LOS setenta y cinco años airosos juncuales y optimistas, de ese gran actor y gran director de escena que es Anselmo Fernández, saben llevar la capa española con una soltura y una gracia incomparable. A este simpático artista el paso de los años no le ha restado nada de su magnífico espíritu juvenil, y sigue siendo, como en sus años mozos, un hombre que tiene siempre la frase oportuna en los labios, la conversación animada, la cordialidad presta. Aficionado antiguo, los derroteros que ha tomado la fiesta tampoco le han hecho desertar de la Plaza, a la que ha seguido yendo siempre que le ha sido posible.

—Yo soy de Valladolid—ha empezado diciéndonos—, y cuando era así de chiquitín, me llevó mi padre a la Plaza. A la Plaza Vieja de Valladolid, donde hoy hay un cuartel de la Guardia civil. Aquel día vi a Frascuelo y Lagartijo.

—Ya es ver...

—Como que ha llovido un rato desde entonces, aun contando la sequía última. Mi padre era frascuelista, y un espectador que le tocó al lado era de los de Lagartijo. Cuando Frascuelo, después de una buena faena, se perfiló para entrar a matar, el lagartijista se puso a rezar: "Padre nuestro, que pinche; Padre nuestro, que pinche..." Pero no pinchó, sino que clavó la espada hasta la empuñadura; y entonces mi padre abrió su boca a dos dedos de la nariz de su rival, y le gritó: "¡Hasta la gamuza, para que usted reviente!" Y crea usted que a aquel lagartijista le faltó poco para explotar.

—Bien; pero entonces aun no era usted un aficionado con conocimientos...

—No, claro; yo empecé a ir asiduamente a los toros a los dieciocho años, en Madrid. Vi la despedida de Lagartijo, la alternativa de Mazzantini...

—¿Y usted, en su localidad, es discutidor?

—No, no. A mí, en el tendido, me molestan los sabihondos, esos que se empeñan en hacer la crítica de la corrida en voz alta y en dar consejos a los toreros. Pero como me debo al público, me aguanto y me estoy calladito. Si me gusta, aplaudo, y si no me gusta, silencio mi opinión. Luego me desquito en el café. Ahí sí que discuto y grito con los amigos. Pero eso, claro, es otra cosa...

—De tantas épocas taurinas como ha vis-

tor, ¿cuál cree que marca el punto culminante de la fiesta?

—El punto de pasión, por lo menos, lo fijaron Joselito y Belmonte. Nunca he visto al público más "metido" en los toros como en los años en que alternaron juntos José y Juan. Yo era belmontista, porque Juan renovó el arte, fué el primero que pisó el terreno de los toros, y creo que sin él no hubiera venido todo lo que siguió detrás. Hizo posible lo de hoy, y fué, para mí, el Colón del toreo.

—Buena frase. ¿Es verdad que probó usted a ser torero?

—Y tan verdad. Eso fué por las tierras de Valladolid. Iba con un hermano del general Queipo de Llano a las capeas, y toreé en muchas, hasta que, en Medina del Campo, un toro de Juanito Carrera me quitó el tipo, de la paliza que me dió. Más tarde, ya curado de mis sueños toreriles, me he asombrado muchas veces de mi valor al ponerme delante de aquellos toracos viejos, grandes, toreados... ¡Los pocos años! Aquello eran toros. Ahora, todos los toreros pueden con todos los toros. Con todos los toritos que sueltan ahora. ¿Y por qué? Porque el toro no es tal, sino un utrero engordado. Yo creo que el único que podría hoy con lo que le echaran, aunque fuera una de aquellas fieras gigantescas y resabiadas, es Domingo Ortega.

—Ya que en los ruedos no fué posible, supongo que en el teatro sí que habrá sido usted torero alguna vez.

—Varias. En *Doña Francisquita*, yo era un matador de toros, y en *La coleta del maestro*, también. En *El padrino del Nene*, mi papel era el del banderillero Chavito... De joven, yo hubiera preferido ser torero a ser actor. Pero luego comprendí que hice bien en desistir de mi empeño. Era un aprendizaje muy duro. Una vez, en Tudela de Duero, el alcalde nos ofreció cinco duros si cuidábamos de que los toros no cogieran a los mozos, y de que, en cambio, nos cogieran a nosotros. Yo le dije que por cinco duros por barba nos dejaríamos matar por los cornúpetas. Y entonces me contestó muy serio: "¡Pues si es así, os contrato para el año que viene!"

—¿Qué bárbaro!

—Ahora que, eso sí, en festivales y tentaderos he toréado mucho. Y cuando la coronación de Alfonso XIII, salí de monosabio.

—¿Caramba! ¿Cómo fué eso?

—Pues porque no había podido conseguir una entrada para la corrida regia, y como no me quería quedar sin verla, le ofrecí cinco duros a un monosabio para sustituirlo. Lo hice regular nada más; pero presencié la corrida, que era de lo que se trataba, y bien de cerca. Los toros eran del Duque, y los espadas... A ver si me acuerdo... Mazzantini,



Reverte, Conejito, Ricardo y Emilio Torres y... Falta uno; pero no me acuerdo.

—No importa. ¿Pasó miedo?

—Algo, algo. Pero lo contuve como pude. Eran otros tiempos. Los caballos salían sin petos, esos petos que es lo que yo le quitaría a la fiesta...

—¿Y qué le añadiría?

—Añadirle, nada, porque los toreros hacen ahora tantas cosas, que ¿qué le vamos a añadir?...

—¿Cuál es la mejor faena que ha visto usted?

—La ya tantas veces cantada de los veintitantos naturales ligados que dió Chicuelo en Madrid. Y la más desastrosa que recuerdo es la de la alternativa de Juan, en la que salieron once toros. Nunca vi mayor escándalo ni tantas almohadillas en la arena.

—¿Conserva usted recuerdos de algún torero?

—Tengo unos zajones, que fueron de Rafael Molina, Lagartijo, y que me regaló su sobrino, con quien tuve una buena amistad, igual que con otros muchos toreros de antes y de ahora...

Con estas últimas palabras, don Anselmo se ha puesto la capa, nos ha tendido su mano y se ha marchado a ensayar.

Porque, a sus setenta y cinco años, el brillante actor da todos los días su lección de comediante en el escenario.

## ASOCIACIONES COMERCIALES

# A RUMBO DE PERFECCION



por JOSE CARLOS DE LUNA

**D**ICEN que otra de las primeras figuras del toreo piensa adquirir una ganadería brava andaluza, y hasta puntualizan que la de Miura.

La decisión del buen torero nos parece naturalísima. No son necesarias grandes dotes de observación ni mucha memoria para recordar idénticas reacciones adquisitivas en infinidad de profesionales que triunfarán, más o menos apoteósicamente, con los trastos de matar en las manos, y, posiblemente, la conciencia es la que les acucia para tales decisiones: el que se hace rico matando toros, es lógico que aspire a millonario criándolos, que, aunque el fin de los pobres animales sea el mismo, ya es comienzo de buena voluntad zoológica no derramar la sangre de la bestia por propia mano.

En algunas crónicas hablamos del fenómeno ganaderil, y nos lamentábamos de su generalización, aun estimándola explicable.

Dados los límites que circunscriben la fiesta, poco importa ya quiénes la hagan posible proporcionándole el primer elemento: el toro. Y más humanamente apreciarán sus condiciones y cualidades los que con toros bregaron, y en su derredor —que no es el morrillo— dieron en la senda del bienestar y la riqueza.

Pese a todas estas consideraciones, que nos hacen comprensivos y hasta generosos, no disimulamos cierta inquietud.

Don Eduardo Miura decía —o, por lo menos, a él se le atribuyó la frasecilla socarrona y colorista— «que en la fiesta de toros...» Puntos y punto, que lo que en su boca —¡tan autorizada!— perdía agura, pudiera cobrarla en letras de molde. No la transcribimos; pero en las mientes de todos los aficionados está vivita y coleando en la puesta en marcha. De seguro que si su autor viviera la mantendría incólume, cuando, muletilla de sus sabrosas pláticas, tantas veces la repitió desde su escaño de aneas en la puerta del cortijo del Cuarto, dando la cara y la afición a aquellos cerrados donde entre el corral de la zulla se engastaban los azabaches de los toros con trescientos cincuenta kilos arriba.

Hoy, amigo, no valen salvedades; porque el toro, pequeño, gorrito y civilizado, sin armas ni mal humor, bien puede tomar café y departir amigablemente con los que los crían, los matan y los representan. Es un componente de la Sociedad Limitada, con voz y voto en el Consejo de Administración.

Coto cerrado es la fiesta, y el que quiera picar que pique colocando sus ahorros en un tendido de sombra; pero que no aspire a sitio en la Junta de Accionistas.

Aquella pandereta que sonaba a gloria y alegraba el alma con sus arameles de madroños, se la come la polilla en el arcón de los recuerdos, porque al que pretenda tocarla le llamarán salvaje, o cursi, que es peor.

La fiesta de toros quedó a la zaga de otros espectáculos en los que se acomoda la pasión bendita y alabada!

Reconocemos cierto mérito a la acción conjunta de empresarios, ganaderos y toreros para hacer comulgar al público con ruedas de molino, y si este es el nuevo rumbo de la españolísima fiesta, hay que convenir en que lo encontraron, fijos los ojos y la picardía, en una rosa de los vientos perfectamente compensada y que apunta siempre al menester de la cuenta corriente.

Los toreros contratados por toreros y toreando toros criados por toreros, se nos antoja aleación tan perfecta y equilibrada, que puede ofrecerse de modelo para las Asociaciones comerciales integradas por hombres y bestias.

—... ¿Y el público?

—¡Hombre! ¿Qué quiere usted que haga el público! Paga un sentido para divertirse... y se divierte a su manera. Los que cacareamos la defraudación somos tontos de capirote. Es mucho más práctico que enfurecerse llevarse a los labios los dedos en piña y comentar con risita de conejo: ¡Esto es gloria pura!



## LA NOVILLADA DEL DOMINGO

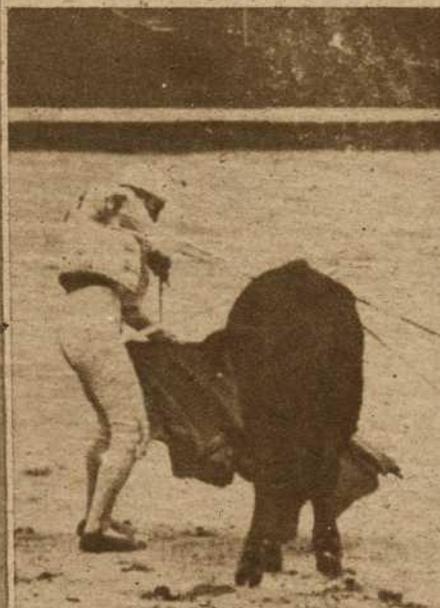
# Novillos de PRIETO para Niño del Barrio II, Cardeño y Pepillo de Valencia



Niño del Barrio II

Cardeño

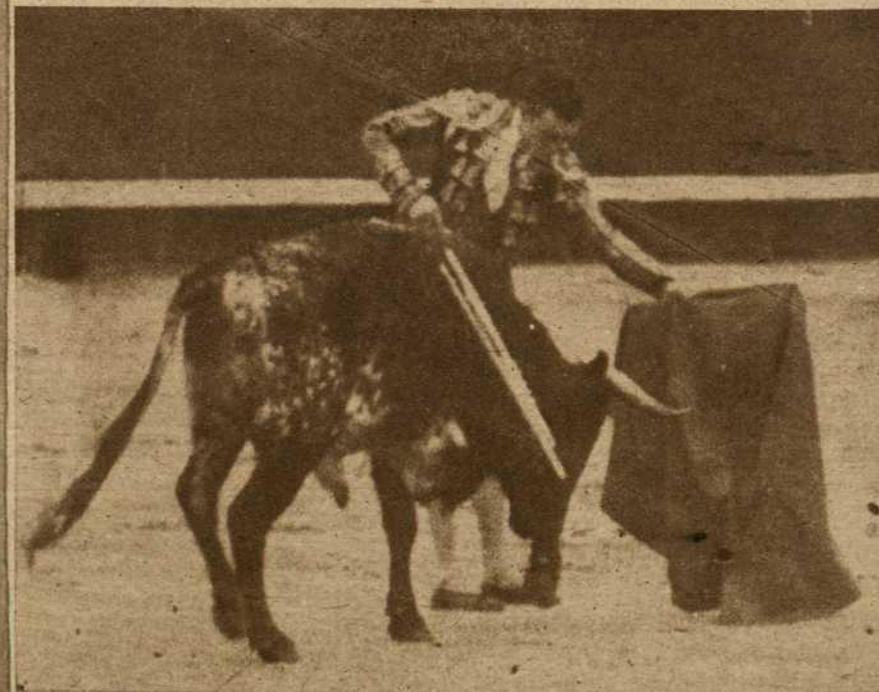
Pepillo de Valencia



Niño del Barrio II en la faena de muleta a su novillo



Pepillo de Valencia toreando al natural a su primero



Cardeño citando para torear al natural a su primero (Fotos Baldomero)

## FIESTA EN JANDILLA

# Entronización del Sagrado Corazón de Jesús

en tres escuelas  
donadas por  
Alvaro Domecq

Acoso, derribo y  
tienta de reses



Domecq con el padre de la Misión de Jandilla durante el acto de la inauguración de las escuelas



Un momento del acoso de reses durante la fiesta taurina celebrada con motivo de la inauguración de las escuelas



El monumento al Sagrado Corazón, inaugurado en memoria de don Juan Pedro Domecq, padre del rejoneador jerezano



El obispo de Cádiz durante el acto de inauguración del monumento al Sagrado Corazón, al que bendijo



El hijo de Alvaro Domecq torcando de salón ante su padre, su tío Pedro y unos amigos que asistieron a la fiesta



La señora de Domecq y la de su hermano Salvador con el ganadero don Jerónimo García y el operador del NO-DO que asistió al acto



La señora de Alvaro Domecq poniendo el hierro a una de las reses durante la fiesta campera (Fotos Mari)

# El capote en baja



EN el toreo actual está ocurriendo un curiosísimo fenómeno de regresión a resultados de cincuenta años hace, con la particularidad de que tal resultado común obedece a supuestos no ya opuestos, sino hostiles entre sí. Tal fenómeno consiste en contemplar cómo el capote ha vuelto a ocupar un sitio, una valoración en las Plazas, pareja a la que tenía con Algabeno y Villita en las arenas. Hay que explicar a continuación que uno no se refiere en esos supuestos al mejor o peor toreo de entonces y de ahora, ya que esto podemos dárselo por resuelto si decimos que ahora se torea en distintos terrenos y sobre distintas bases. Se alude sencillamente a la valoración que los aficionados vienen a conceder a las distintas suertes del toreo, que es muy diversa al correr de una serie discreta de temporadas, no tan larga que cualquier aficionado de mediana edad ha podido conocer.

La fiesta es la misma y análogo el orden o la sucesión de sus elementos, por más que estos estén más o menos desvitaminizados; pero el climax es variable y tornadizo, si bien marca una constante tendencia a aumentar el elemento estético o de adorno. Pero en este flujo que ha colocado a la faena de muleta como cima de la fiesta, que ha velado la estocada y transige —si la endebles de los toros no la suprime casi radicalmente— con la suerte de varas porque da ocasión a intervenciones de adorno llamadas quites, el capote va perdiendo importancia progresivamente. La explicación es sencilla: si el toro actual sólo consiente un tercio útil sobre sus débiles lomos, se prefiere que tal tercio sea el de muleta, a costa de la supre-

sión de los demás. El tercio de muleta llamamos al último tercio, que antes era el de muerte, porque la relación de accesorio y principal de muleta y estoque ha dado una completa vuelta de campana. El primer tercio —a despecho de la cesura del Reglamento, el primer tercio va desde la salida al toque a banderillas— era la suerte de varas, luego se convirtió en tercio de capote y varas y actualmente es un tercio de trámite, porque no hay casi varas ni capote. Como tampoco lo había sino en el aspecto de brega, hace cincuenta años, es por lo que apuntamos la similitud al principio.

Todo ello vale para decir que la decadencia del capote es un hecho y que sucede a su auge con tal rapidez que no es preciso remontarse mucho para ver aficionados que en su vida de afición han conocido las dos vertientes, de ascenso y descenso, con Belmonte y los postbelmontinos inmediatos en la cúspide. Amengua mucho los entusiasmos toreristas considerar que en el toreo los toreros importan tanto como las condi-

no hay toro, pero hay muleta, hay temple y hay terreno de cercanía. El toreo ha cambiado de postura dentro de los sempiternos límites. Lo mismo era, sólo que visto por el otro lado, cuando había varas, muerte, capote y muleta en brega y toro delante, sin mucha estética, con más gallardía, sin temple y dentro de límites defensivos en los terrenos.

Hubo un momento de equilibrio perfecto y hubo otro, inmediatamente seguido a Belmonte, en que el capote contó más que nunca en lucimiento, valoración y es ética. El capote, al fin y al cabo, había sido el instrumento de la revolución del toreo en las famosas

verónicas sin enmendarse del trianero. Las varas subsistían, y el primer tercio, al añadir a la obligada intervención de los espadas en cinco o seis ocasiones el que estos habían adquirido una calidad con el capote que no tenían los de la época pura, pujante y peligrosa de la vara y del quite de verdad, fue maravilloso. Ahora no existe porque no hay varas, porque si las hay, se procura ahorrar fuerzas y embestidas para la muleta, y porque los espadas —¿por qué no llamarles «los muletas»?— son muleteros sobre todo, por-

que en ello afinan, ya que va a ser en donde el público aprieta.

El toreo es una sábana muy justa y lo que sobre por un lado faltará en otro y el lujo puede ser penuria por el revés. Hoy, por ejemplo, se torea con el capote peor que antes, menos templado que antes, con menos estética que antes. Pocos o ningún diestro de hoy tienen la personalidad de los diestros de hace quince o veinte años, capote en mano, ni su temple. Cuando había la posibilidad de que torea- sen con él Chicuelo, Márquez, Cayetano, Cagancho o el pobre Gitanillo de Triana, por un lado, o hasta por la senda emocional, el «chato» Valencia o Nacional II. Es decir, que el capote ha perdido vuelos, no sé si porque le dieron demasiados, y con él un tercio del toreo que conoció mejores tiempos, hasta estéticos, no van a creer.

EL CACHETERO



ciones del toro para determinar el progreso del arte. A veces se piensa que el toreo no ha avanzado casi nada y es una de las artes más estáticas que se conocen. De cuando en cuando surge lo que se llama un revolucionario con evidente exageración, pues su papel se reduce a adivinar qué paso podrá intentarse en el toreo, si al toro se le reduce alguna característica. Naturalmente, los capaces de pensar eso y realizarlo son los grandes toreros de las épocas. Pero lo que a medida que pasan los años aparece más palpable es que el toreo es una suma fija de sumandos variables, pero de la que no se pasará jamás, y que el pretendido adelanto es sólo un paso en la hinchazón de uno de los sumandos a costa de los demás.

El toreo de ahora, con todos los elogios que sus panegiristas quieren volcarle encima, vive a costa, pues, de algunas cosas. De la reducción del concepto del toro y de la debilitación del capote. Hoy, por ejemplo, ocupa el lugar preeminente de la torería, en expectación y número de corridas toreadas, un diestro que es no ya mediocre, sino deficiente toreando a la verónica; que es el lance básico del capote y que es sólo vistoso con las suertes de movimiento. Pues ello no importa, no ya porque se le dispense esta deficiencia, sino porque no se le advierte, ya que la lidia ha tomado un sentido en el que el capote pueda evitarse o trabajarlo de brega y trámite como se puede matar de sopapo con tal de que no desluza —en el sentido de que no se demore— la faena de muleta, reina y señora de la fiesta. No hay capote, no hay varas, no hay muerte,



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# UN TORO PARA ABRIR BOCA

**P**UES sí, señores. Aunque a los que han abierto sus ojos al toreo en esta época fecunda en fenómenos y en charlotadas les parezca mentira, eso que tiene Bombita delante es un toro.

Comprendemos perfectamente el estupor que ese lector joven, ese aficionado reciente, ha de sentir al leer las palabras con que se principia este acostumbrado comentario semanal, por lo inusitado del caso. El seguramente ha estado en algún festival o tentadero, o él ha visto, por lo menos, alguna fotografía de estos espectáculos. Pero, a pesar de haberse llenado la retina de bellas imágenes, de líneas estéticas y de formas brillantes, él no ha encontrado nunca en estos festejos un animal como el que Bombita trata de pasar de muleta, ante un reducido número de espectadores encaramados en las tapias de la placita de recreo. De ahí que este lector parpadee como si tratase de despertar de un mal sueño. De ahí que desconfíe ante la posibilidad de una composición fotográfica, porque en su conciencia de recién llegado a la Fiesta no cabe la idea de que los matadores de antaño se encerrasen, por puro placer y para abrir boca, en el intermedio invernal, con un toro mayor de los que hoy día se lidian en la mayoría de las Plazas.

Es precisamente por eso, por el contraste que la foto supone con las actuales formas, por lo que hoy traemos a Bombita, con traje corto y zafones, a esta página. Y no se nos diga que esta actitud es un elemento del

torero de Tomarés, porque él era extraordinariamente pundonoroso y valiente. No; entonces, todos los que se apretaban los machos de la taleguilla gastaban así sus alegrías en el intervalo que media entre una y otra temporada. Aun tenemos otras fotografías en nuestro archivo en las que, no los ases de la

tauromaquia de entonces, sino los simples aficionados, por pura diversión, naturalmente, están ante algunos bichos que rehusarían muchas coletas de las que hoy cobran cantidades astronómicas por vestirse de luces y ejecutar con mucha gracia —ese, sí— unos pasos de

danza, en el centro del ruedo o pegados a las tablas.

Pero eso, en fin, no viene a ser mucho más que un ballet.

Ahí queda, pues, Bombita con su toro para abrir boca. Para recuerdo de los viejos aficionados —esos que chillan en el tendido añorando su época—, y para lección a los nuevos, a los recién llegados a esta decantada y, por otra parte, dolorida Fiesta española de toros.



## CAMINO DE LIMA

# FERNANDO GAGO RENUNCIO A TODO POR SER BANDERILLERO

Ha lidiado 231 toros en las 108 corridas de la pasada temporada

MATADOR DE TOROS UNA SOLA VEZ... EN MEJICO

Fernando Gago ha intentado todo. Hasta tomar la alternativa, el año 1937, de manos de Carnicerito de Málaga, en la capital peruana.

Era empresario su hermano Andrés. Al terminar la temporada, existían en los corrales cuatro soberos, los que se comprometió a despachar, tomando la alternativa.

—¿Entonces no se asustó?

—Mi hermano tenía más miedo que yo... créeme. Tan bien salió la cosa, que volví a actuar en otras cuatro corridas en la capital y cinco por los Estados.

—¿Aquello, no le alentó a seguir?

—Tenía pensado haber llegado a Sevilla y confirmar la alternativa... Fue un sueño. La realidad se impuso a mis ilusiones, porque en España no se puede equivocarse... ¿Comprendes?

DOSCIENTOS TREINTA Y UN TOROS LIDIADOS

La cifra dice por sí sola lo que trabajó esta temporada Fernando Gago. En siete meses lidió 231 toros. En total, ciento ocho corridas, con ocho festivales...; y, por si no fuera suficiente, ochenta y dos vacas y cinco sementales tentados en ganaderías andaluzas.



Fernando Gago, el banderillero que más corridas ha torreado en la pasada temporada



Fernando Gago vistiendo el traje de luces

LA vida de Fernando Gago es interesante. Tentativas de ser torero en plena juventud, aun casi niño. Las actuaciones del hermano le impulsaron a dejar estudios... su empleo de oficinista...

Fernando Gago, banderillero de Arruza, ha sido la figura de los subalternos en la pasada temporada. Sus éxitos han sido continuos.

Y la simpática figura del sevillano ha sonado insistentemente por las Plazas de toda España. En los carteles, su nombre ha figurado en la 108ª corrida que despachó el mejicano. Con él comenzó la temporada y la ha terminado. Sin descansar un solo momento. Vistiéndose en el coche, viajando en avión... utilizando todos los medios más rápidos para estar en el ruedo a tiempo.

Y como final de temporada, el campo. Tentando vacas y sementales... Lucha eterna con el toro. Sin temer nunca el peligro.

### UN AÑO DE NOVILLERO

Muchos han intentado llegar a figura. Fernando Gago es uno más de tantos que hubieron de desenganarse. El año 1929 fué el principio y final de su carrera novilleril. Ya anteriormente había estoqueado algunas beceras.

Siendo empleado de la Transmediterránea, en Sevilla, los compañeros de oficina pagaron un novillo, y Fernando Gago les deleitó con su arte pinturero, alegre... de la depurada escuela sevillana.

—¿Y no le impulsó este triunfo a mantenerse?—le pregunto.

—Me desengañé. El arrojarse a los toros no es fácil... como creen muchos.

Y haciendo uso de su lenguaje castizo, dice:

—Habla que meter mucho el cuello...

—¿Desistió en la misma temporada?

—Fui un convencido de que me faltaba valor. Y busqué un puesto de banderillero. Tenía facilidad, e incluso dijeron que sería un peon muy estimable, si me decidía.

—¿Y le agradó su nuevo trabajo?

—Mucho. Con Chiquito de la Audiencia actué en una novillada de prueba y a raíz de nuestra actuación en Sevilla, me propuso continuar. Acepté y me despedí de la oficina... abandoné los estudios de bachiller, y los pensamientos para el futuro, en cuanto a mi carrera de ingeniero, se deshicieron en aquel instante.

Recordando aquéllo se alegra el semblante de Gago. Años en que se sienten ilusiones... Y el traje de luces es joya de inmenso valor.

Después, con Diego Gómez Láinez, Segundo espada que tuvo.

—¿Y con Belmonte?

—Posteriormente. Con el trianeco marché a América en su última reaparición. Los años 34 y 35 estuve en Méjico. Fui testigo de su adiós a la fiesta y formé parte en la cuadrilla de Sánchez Mejías (hijo), ya retirado Belmonte. Y anterior a Arruza, con Pepe Luis Vázquez hasta la grave cogida de Santaner.



En la estación, antes de partir para Lima, donde ha de actuar durante el invierno (Fot. Mari)

Sobre las inquietudes de esta actividad hablamos a Fernando Gago.

—En siete meses —hace un balance el banderillero— no sufrí percance alguno que me impidiese actuar. Dos o tres arañazos... sin importancia y un trabajo agotador.

—Y los viajes?

—Podían más que las corridas. Nos vestíamos en el coche... dormíamos, comíamos. He pasado meses completos sin ver a la familia. A lo sumo, descansábamos cinco horas. ¡Pero me ha gustado este continuo movimiento! Me falta algo que influye en el aburrimiento que tengo.

La alegre figura de Fernando Gago se mantiene activa. Los preparativos de viaje... Y por tercera vez se embarca para América, a continuar su labor.

Sin salir, ya sueña con el retorno a España. La Feria de abril, en Sevilla, será el principio de otra campaña.

Fernando Gago dejó todo, llevado de su afición. Estudios, empleo, y una alternativa, con la que había soñado.

JOSE CARRASCO

## ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 159

Juuú... toro, torito! dice el niño chiquitín soplando con los carrillitos inflados sobre el hule de la camilla el leve torillo de papel graciosamente recortado. Delici de los chiquillos de mi tierra es el torete de barro cocido, pintarrajeado en berrendo, o *chorreao* en verdugo, con unos cuernos tan gordos como sus patas traseras. Y no digamos nada cuando los buenos reyes del 6 de enero les ponen en el balcón la corrida de toros, con sus picadores, torerillos y monosabios; todos de plomo, diminutos, y en las diversas actitudes representativas del arte de torear. La fantasía del nene se llena de cuernos y quiere torear cuando su madre le compra en el bazar la montera de paño, el capote de percalina y la *espa de hojalata*. Y torca, en efecto, en mitad del arroyo, con otros chavalillos; pero quiere torear y no que le torren. El papel de toro queda reservado para el ingenio que carga con la cornamenta almohadillada y claveteada en corcho para las banderillas y el aro en la trasera para señalar la estocada. Y embiste, sí señor; embiste como un hombre, sin saber que un hombre es toro resabiado y difícil... ¡Juego inocente de mi lejana niñez que sufre hoy la competencia del fútbol, harto más peligroso para la integridad del hombre o la mujer que llevan su camino!...

Sin embargo, la atracción irreprimible del toro perdura, briosa, en la mocedad de Andalucía. Y tanto más se acrecienta en el rapaz cuanto más el muchacho crece, oyendo la sabrosa conversación de pitones a los amigos del padre en la tertulia casera o del colmado. Y si por ventura cae en sus manos un número de EL RUEDO, con la policromía radiante de la fiesta nacional, los ojos del moete se agrandan para captar en ellos, y retenerlas para siempre, las imágenes fascinadoras de la gente de colsta y de los toros broncos y feroces. Así el toro cala en agua fuerte el trazo de su testuz en la mente del muchacho, y así el muchacho, si su hogar es misérrimo y la sangre le hierve, se acostumbra a coluñbrar, tras esa terrible estampa, la tierra prometida de un bienestar futuro. Esta y no otra es la vocación del torero.

¡Hay un animal más briosamente bello que la planta del toro hispánico sobre sus cuatro patas rotundas, flexibles e inflexibles, como el acer toledano? Ahí está, recio como un bolido caído en la tierra. Su alta testuz, de cuernos como puñales, se alza majestuosa; su frente broncínea, se esculpe en ondulados pelos hirsutos; sus ojos, como faros, perciben las libélulas en la lejanía; sus orejas tiesas oyen el rastrear de los insectos bajo las matas; su hocico áspero, flechado en baba furiosa, otea el horizonte sospechoso; sus músculos de fibras de hierro, estremecen la piel con pavor de las moscas; su rabo, empenachado de cerdas, abarca el lomo otente con un ritmo que parece seguir la punta de una reflexión oscura, latente en un cerebro en embrión. Todo él es un reto a toda cosa en movimiento. El toro es una fuerza natural.

Esté es el toro español modelado por Mariano Benlliure, su Homero escultórico. Su forma es tan noble que Júpiter ha tomado su apariencia para raptar a Europa. La gracia, que es armonía, rima con la fuerza, que es desarmonía. Y de esta armonía de contrarios brota la hermosura dionisiaca del toro frente a la belleza apolínea del caballo, su antagonista por nuestro placer.

El toro es la tragedia y el caballo la comedia.

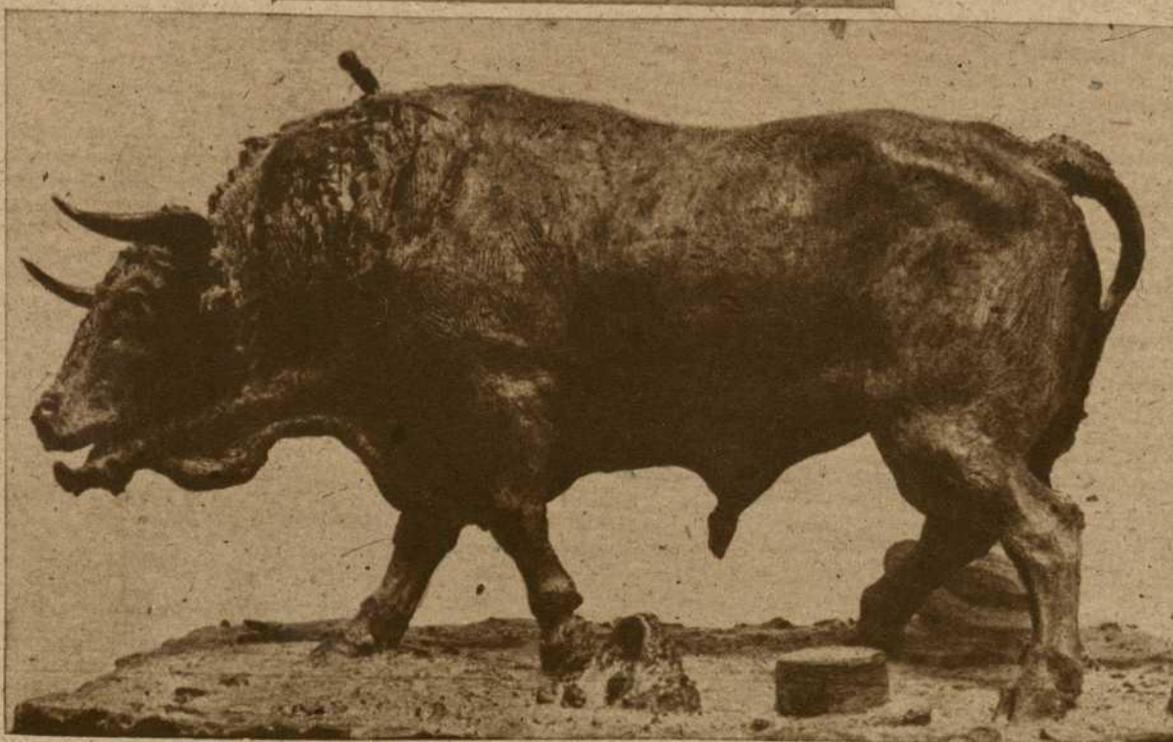
Por ser la tragedia el toro, punza sus



El natural... es la cosa más fácil del toreo, cuando no hay toro

A PUNTA DE CAPOTE

¡TOROS,  
TOROS...!



Reproducción en bronce, original de don Mariano Benlliure, de un TORO de los que se «llevaban» antes

perfiles en la conciencia popular. Estoy convencido de que este tatuaje es desarraigable del alma celtíbera, trágica también. Su huella bicorne perdura en nosotros con el signo esotérico de los toros de Guisando y la gracia ibera del torico de Teruel.

¡Aprisa, aprisa, que vienen los toros! Como un torrente de búfalos, como una tromba de bisontes, los anuncia una masa oscura, motada de tintineos de esquilas como estrellas sonoras... La Vía Láctea es otra nube de plata con óxidos en agujeritos como astros que titilen... Los ojos fosforescentes de los toros son un reguero de noctilucas al ras de la tierra, como estrellas que huyen... ¡Hasta la luna, por no ser menos, asoma su testuz de plata y embiste con sus cuernos en punta a la Osa Mayor!...

¡Ya vienen, ya vienen los toros! Subamos en aquel ribazo para verlos pasar. ¿Que no los vemos porque la noche es negra? No importa, lector, nos alumbra una luz que nada nos oculta: la fantasía.

¡Ya están aquí! ¡Ya pasan! Los cabestríos cencerrean el ritmo de su celeridad... ¿Ves aquel que viene enguinaldado de flores? Es el glorioso Caramelo, vencedor de un tigre y un león en la Plaza de Madrid. ¿Y estotro que le barbea el lomo en la carrera? Es su hermano, el bravísimo Liébro, que embistió siete veces al elefante Pizarro y le hizo huir con la trompa desgarrada...

¡Atención, atención, que ahora llegan los toros invencibles en la suerte de varas! Son sus divisas celeste y rosa, celeste y blanca, blanca y pajiza. Sus nombres son: Zancajo, que tomó treinta y tres varas y mató doce caballos; Jumao, con veintuna varas; Bailaor —no el de Talavera—, que por diecisiete varas quedó solo sobre la arena, sñoreando catorce caballos muertos...

¿Quieres más? Ahí tienes a Marismoño, sublime de bravura, que murió desangrado por las cincuenta y una bocas de los cincuenta y un puyazos que le agujeraban...

¿Y esa turba que llega en ráfagas de cuernos homicidas? Son los históricos matadores de toreros... Son muchos, demasiados... Sólo te puedo decir los nombres de los que vienen en delantera... Ahí tienes a Barbudo, a Bravío, a Jocinero, a Perdigón, a Peregrino y a Bailaor. Sus divisas negras, negras y verdes, rojas y negras, acusan luto y sangre... Peregrino flamea como un airón una pierna humana: la del Tato; Barbudo, el campo muerto de Pepetillo; Bravío, el de Roque Miranda; Jocinero, el de Pepete; Perdigón, el del Espartero, y Bailaor, el de Joselito...

¿Quién tiene la culpa? ¿El toro? ¿El hombre?

Y pasa la balumba bicorne sobre los caminos de esta geográfica piel de toro, que es España.

Pasa entre bramidos y hondazos de vaqueros...

Las noctilucas fosforescentes de sus ojos se borran a ras de tierra, como las estrellitas del firmamento ante las claras del día...

Amanece. Sobre el disco solar se recorta la silueta del noble peregrino de todos los caminos...

Con la adarga al [brazo, toda fantasta, y la lanza en ristre, [toda corazón.

¡Toros, toros, toros, toros!...

FEDERICO OLIVER

# Cuando MANUEL DOMINGUEZ perdió un ojo en la Plaza de toros del Puerto de Santa María

## TOROS DEL PUERTO.

### RESEÑA DE LA CORRIDA VERIFICADA EL 1.º DE JUNIO.

**PRIMER TORO** de color barroso, de muchas libras, astillado del cuerno izquierdo. Se llamaba Barrabás y como tal se portó. Fue blando y receloso a la pica. Tomó tres pallas, mató un jamelgo, hirió otro, y le hizo á Charpa medir el suelo con las costillas. Paquirillo y el Chan le pusieron dos pares de banderillas á media vuelta porque no acudía Barrabás á los cuernos. Hizose el bicho de condicion, y Dominguez, á quien tocaba matar, lo pasó dos veces escupiéndosele el toro y yéndose al lado opuesto de la plaza que era el del sol; allí lo pasó otra vez, y armándose para la muerte le tiró un volapié en el que se le escupió otra vez el bicho, no pudiéndole agarrar la estocada sino por las últimas costillas; pero al sentir el toro la espada se revolvió cogiendo á Dominguez por la espalda, arrollándolo y tirándolo al suelo, de donde volvió á recogerlo. Dominguez se agarró á los pitones, y en dos derrotes que le hizo el toro le dio una cornada por la mandíbula inferior y otra encima del ojo derecho, el cual se le vació en el acto. Los chulos se llevaron al toro y este se atabló á la entrada de la enfermería. Los picadores, los chulos y el otro espada apuraron todos los recursos para apartarlo de aquel sitio á fin de que pudiera Dominguez curarse. El Tato se armó para la muerte y logró dar al toro una corta en lo rubio á paso de banderillas; pero ni por esas Barrabás sin dejar aquel sitio. Por fin se abrió la puerta grande del corral y el toro ya herido se metió dentro. Entonces fué cuando el desgraciado Dominguez pudo ser conducido á la enfermería.

**SEGUNDO:** rubio, hormigon del derecho, blando y de nombre Cigarrero. Tomó cinco pallas, concluyendo por huirse por haberlo castigado Charpa en los encuentros; le pusieron dos pares de banderillas y el Tato lo mató, despues de pasarlo al natural y redondo, de una manera admirable á volapié largo que lo echó á rodar. El público se entusiasmó con tan magnífica estocada, y echó sobre el matador una lluvia de cigarros puros.

**TERCERO:** blanco, capirote y calcetero, bien armado, de condicion blando y de nombre Mantillero. Tomó ocho picas, mató un jaco, hirió á otro y dió á Barrera un revolcon. Le pusieron tres pares y medio de rehiletos y lo mató el Tato despues de cinco pases redondos con ambas manos, de un mete y saca corto y dos pinchazos, quedando desarmado en uno de ellos. Hizose el bicho, y el Tato con el objeto de volverlo le tocó con la espada en los cuartos traseros, y enfurecido el toro quiso dar una coz al lidiador, y con la espada que éste tenia en la mano el mismo Mantillero se desgarretó, rematándolo el puntillero.

**CUARTO:** cárdeno oscuro, bravo, seco y que partía de largo; llamábase Perdigon, y fué el toro de la corrida y el único que cumplió con su deber.

Tomó diez y siete picas; mató dos jacos é hirió tres más repartiendo á los picadores mas costalazos que artículos de oposicion se han escrito en España. Muniz y Antunez le colocaron cuatro pares de banderillas tan bien puestas que ni pintadas. El toro era claro y estaba con todos sus pies cuando lo fué á matar el Tato, que lo pasó al natural, de pecho y de redondo; le hizo varios galleos de mucho mérito estándolo pasando, y lo mató al fin de dos en hueso, y una magífica recibiendo. Bien por el señor Tato! Ayer se portó mas de lo que podia esperarse.

**QUINTO:** barroso, blando y salió huido; llamábase Chocero. Le dieron, que no tomó, tres pullazos, y el público pidió banderillas de fuego. La autoridad mandó al fin que á Chocero le asaran el morrillo, y el bicho al verse chamuscado se volvió todavia mas cobarde y huyó á carrera abierta. El Tato despachó al otro barrío al toro con bastante trabajo de varias estocadas; El bicho no pudo ser mas malo; sin embargo, ¡cuántos bichos hay que se le parecen!

**SESTO:** capirote y calcetero en negro, de muchas libras y bien armado. Llamábase Diamante. Salió huido, y el Tato lo capeó al natural, de frente por la espalda con la capa puesta, con lo que el toro se paró un poco y tomó nueve picas matando un caballo. Le pusieron par y medio de banderillas, y lo mató el Tato de una corta y otra buena, intentando descabellarlo cinco veces, y rematándolo de un mete y saca bajo. El tal Diamante mejor hubiera servido para cabestro que para toro de plaza.

**SETIMO:** negro lombardo, claro y bravo; tomó diez picas, mató un jaco é hirió á otro. Antunez y Muñiz le pusieron dos pares de banderillas, y el Tato lo mató despues de hartiario de trapo, de dos pinchazos y un gollete. El toro hubiera sido muy bueno si lo hubiesen trabajado.

**OCTAVO:** castaño, ojo de perdiz y se llamaba Rosadito. Era de condicion avanto. No tomó ni siquiera una pica, por lo que le pusieron banderillas de fuego. Hizose de condicion para la muerte, y el Tato, despues de dos pases, al dar la estocada recibió un varetazo del toro y cayó al suelo; pero se levantó á Dios gracias sin novedad y acabó de despachar al bicho.

Diremos en resumen, que la alegría con que fuimos á la corrida se cambió en tristeza, pues nos afectó mucho la desgracia de Dominguez.

**NOTA.** Segun el conductor del correo de Puertos, llegado hoy á esta ciudad, ayer á las seis de la tarde vísta aun el desgraciado Dominguez; iguerramos si habrá esperanzas de que salve la vida.

IMPRESA DEL PORVENIR.



Manuel Domínguez en 1857

**AÑO 1857.** Manuel Domínguez y el Tato. Plaza de Toros del Puerto de Santa María. Las dos figuras que habían logrado arrebatarse los entusiasmos del público. Ocho toros encerrados en la Plaza del Puerto. Porque entonces los espadas no pedían veinte mil duros por matar sólo dos toros. Cuatro mil reales por dar muerte á cuatro toros. Toros de seis años, que tomaban diecisiete varas. Y cuando uno de ellos, despues de haber aguantado tres, retardaba un poco, el público pedía banderillas de fuego.

Igual, exactamente igual que ahora, cuando, con un rafilonazo, tiene que cambiarse el tercio para evitar que los toros se caigan. El 1 de junio de 1857, en el Puerto de Santa María se celebraba una gran corrida de toros, cuyo recuerdo había de meterse en la historia de la tauromaquia española. En esa corrida, el célebre espada Manuel Domínguez perdió el ojo derecho al querer dar muerte al primer toro de la tarde.

Entablado el bicho á la puerta de la enfermería, Manuel Domínguez, entre dolores espantosos, se desangraba, sin que pudieran entrarle para practicarle la cura.

El Tato tuvo que encargarse de la lidia de los ocho toros; y lo hizo con bastante decoro.

De aquella corrida famosa hay una reseña interesante en una publicación de aquella época, titulada "Toros del Puerto", que los aficionados de toda España buscaban con interés, ya que se trataba de reseñas de las corridas celebradas en una Plaza que gozaba de gran prestigio y categoría.

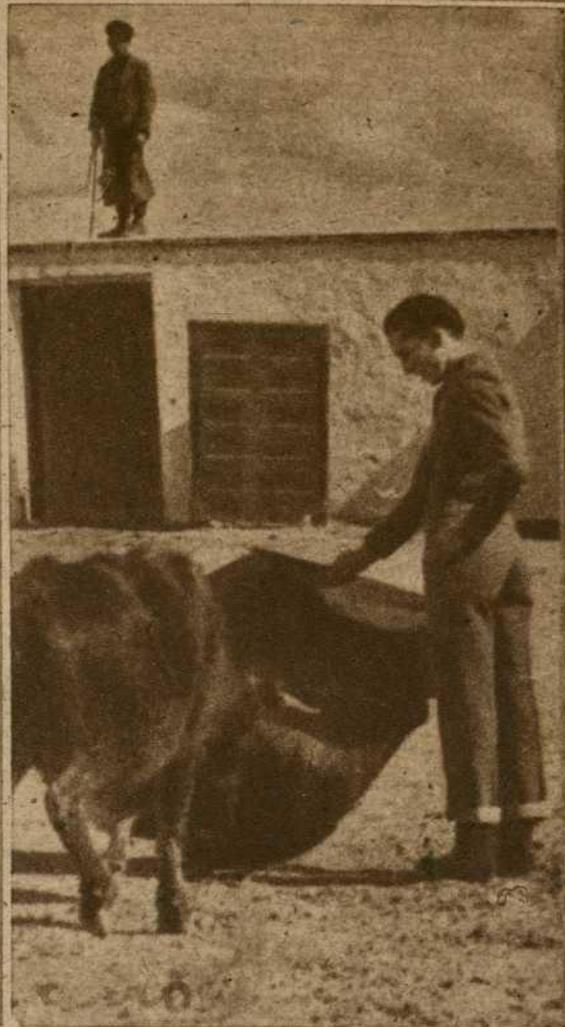
Reproducimos en esta página un facsímil de esa revista curiosa.

Como se ve, los revisteros de entonces culpaban más á los toros que á los toreros de cuanto malo sucedía en la lidia. Es que, entonces, el toro, en la fiesta de toros, gozaba del rango y aprecio que le eran pedidos.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

LOS TOROS EN EL CAMPO

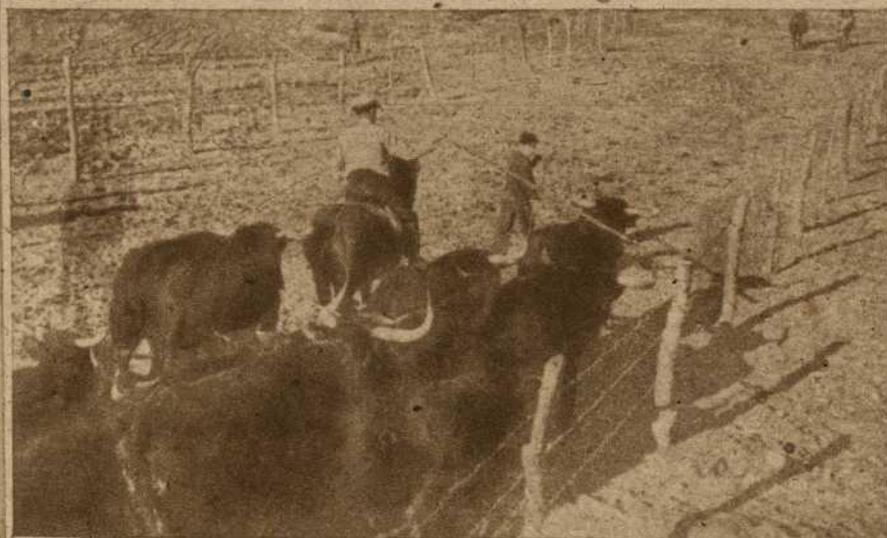
# TENTADERO EN LA FINCA GALIANA



Momento de tentar una becerria en la finca Galiana propiedad de Marcial Lalanda

Novilleros y aficionados que intervinieron en las faenas de tintera

Despues de tentadas las becerrias, se van apartando algunas para torearlas



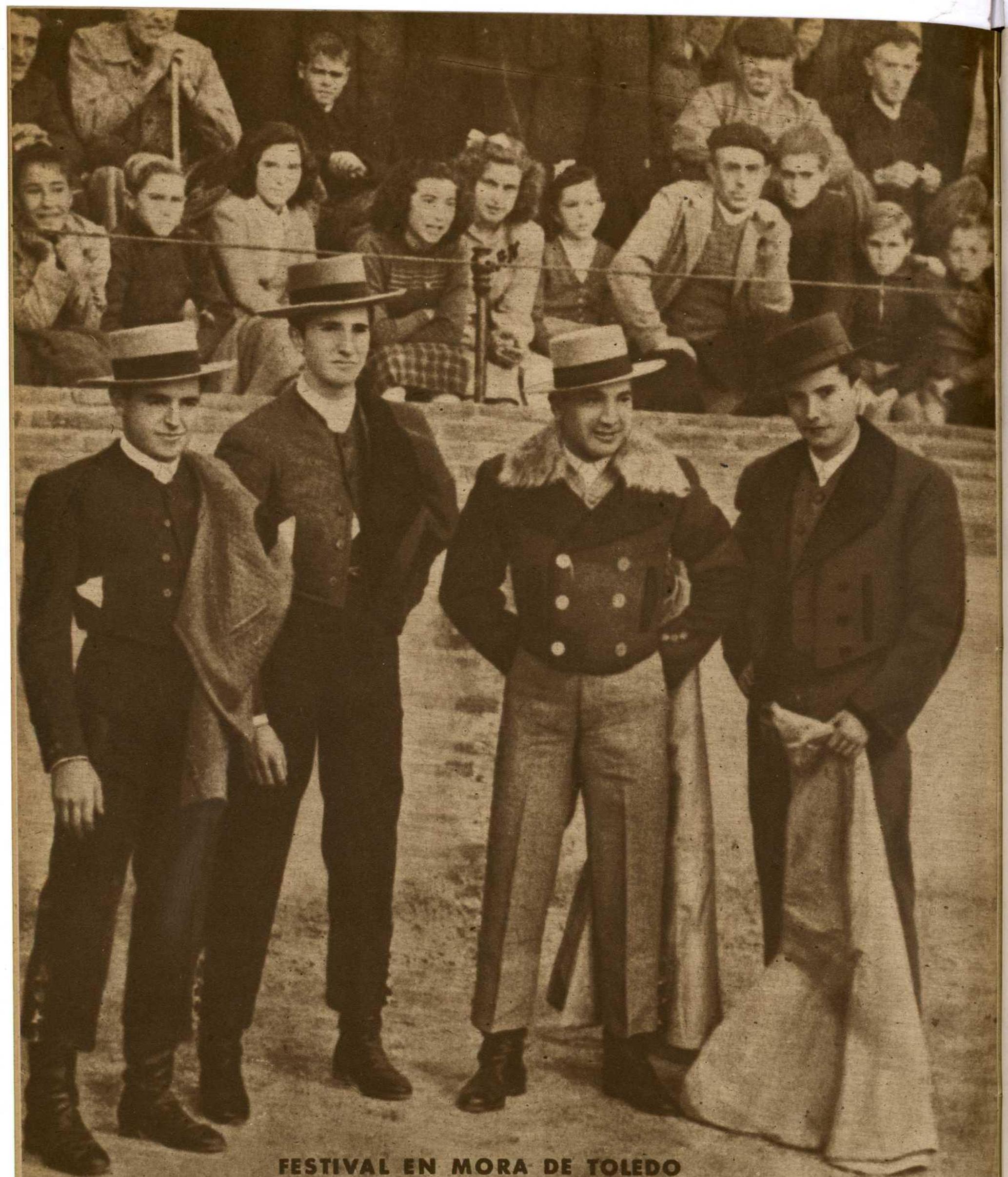
El mayoral de la ganaderia va apartando una punta de ganado. Bella estampa campera en el campo castellano

Don Silverio Fernández y Marcial Lalanda, que vendió al primero una punta de ganado de su propiedad



Eduardo Lalanda curando a un caballo que fué corneado por una becerria durante las faenas de tintera

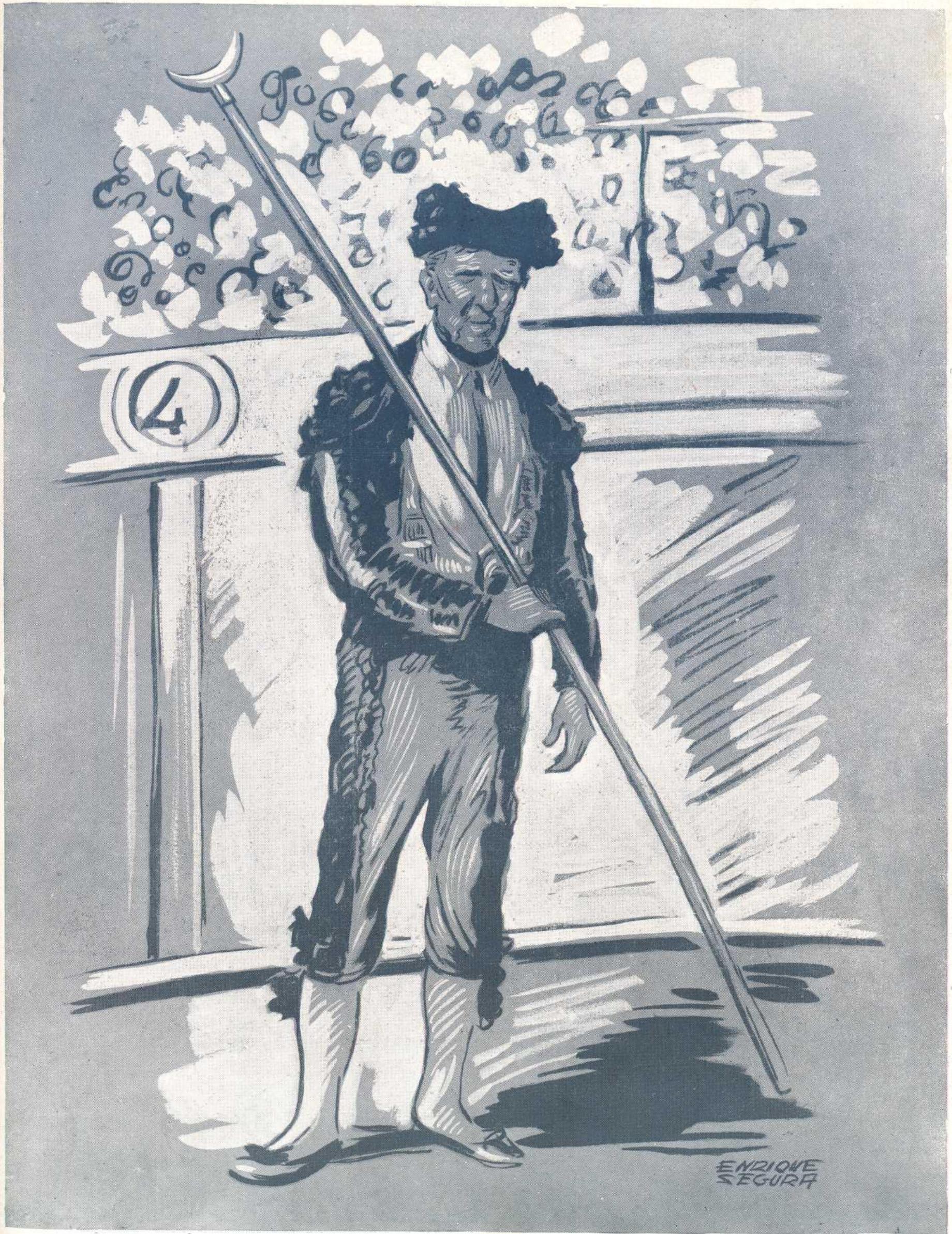
Una futura estrella taurina que pidió permiso para dar unos pases. Todavía no ha empezado y ya mira al tendido (Fots. Cano)



## FESTIVAL EN MORA DE TOLEDO

Los diestros Rafael Llorente, Luis Miguel Dominguín, Morenito de Talavera y Domingo Dominguín, que tomaron parte en el festejo (Foto-Mari)

(Información gráfica en las págs. 4 y 5)



**El Buñolero.**  
(Dibujo de Enrique Segura.)



ENRIQUE  
SEGURA

**Toreros célebres: Francisco Romero**  
(Dibujo de Enrique Segura)